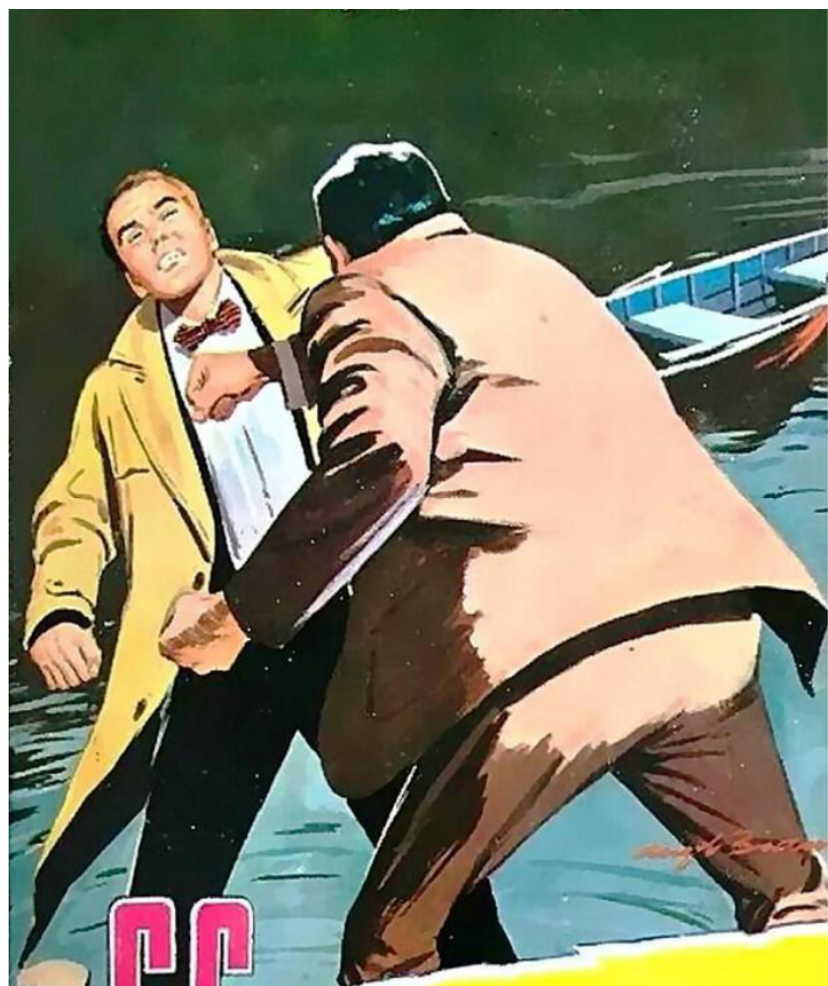

S.S
SERVICIO SECRETO
KEITH LUGER
UN CASO SIN IMPORTANCIA

KEITH LUGER

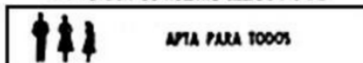
Un caso sin importancia

1.ª EDICIÓN
MAYO-1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 2244-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1960

N. R. __/60

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
628 — ¡Sólo uno vivirá! 636 — Un revólver en la espalda. 640 — Río amarillo.

En Colección SERVICIO SECRETO:
493 — Todos le querían muerto. 505 — Secuestro de una millonaria.

En Colección BUFALO:
299 — El desbravador. 314 — Una bala para cada uno. 332 — ¡Atrapados!

En Colección PANTERA:
29 — La ley de los fuertes. 42 — La muerte oculta. 76 — El hombre de Menphis.

En Colección CONGO:
17 — Atentado en Africa. 19 — Calen la bayoneta. 23 — Rebelión en Argelia.

En Colección TEXAS:
145 — Candidato al ataúd. 149 El hombre de Quantrell. 196 — Duelo en la llanura.

En Colección CALIFORNIA:
151 — Cien balas en acecho. 157 — El famoso *gun-man*. 186 — Duelo en Paso Robles.

En Colección COLORADO:
108 — Camino de Santa Fe. 126 —. ¡No soy un traidor! 336 — Hierro y plomo.

En Colección KANSAS:
50 — Un *gun-man* bueno. 55 — "Asesino Muray". 59 — La reina de San Francisco.

En Colección ASES DEL OESTE:
22 — ¡A sangre y fuego! 39 — Cuadrilla de truhanes.


UN CASO
sin
IMPORTANCIA
POR
KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Martin era mi cliente y la casa que veía ahora en la colina a través de mi parabrisas le pertenecía.

Yo no conocía a la señora Martin. La noche anterior me había llamado a mi despacho de Nueva York. Sólo me dijo que necesitaba los servicios de un detective privado y que alguien le había hablado de mí. Traté de saber quién era ese alguien, pero no me lo dijo ni tampoco agregó nada con respecto al asunto para el que me requería. Me citó para el día siguiente a las tres de la tarde en su casa de las afueras de Centerville y allí estaba yo, limpio, aseado y eficiente, conduciendo mi coche por el camino de gravilla que conducía a la casa.

Había tratado de hacerme idea de cómo sería la señora Martin. Su voz me había sonado gruñona. Había mirada el «¿Quién es quién?» y me enteré de las vidas de muchas personas llamadas Martin, industriales, comerciantes y hasta artistas, pero no logré saber a qué grupo pertenecería la señora Martin.

No vi a nadie en el camino que conducía a la casa y detuve el coche al pie de la gran escalinata de mármol. En los grandes ventanales tampoco observé ninguna figura. Me acerqué a la puerta y apreté el pulsador.

Me abrió un criado que habría dado un susto al conde Drácula. Largo, estirado, de pálido rostro, ojos saltones y mejillas hundidas.

—Hola, buen mozo —le dije para animarle—. Mi nombre es Howard Rubber. La señora Martin me está esperando.

Me midió de pies a cabeza y arrugó la nariz. Quizá no le gustó mi colonia, pero hice el propósito de no cambiar la marca.

—Pase —dijo y se apartó del hueco.

Me condujo hacia una puerta que estaba abierta y al llegar dijo:

—La señora Martin.

Sus palabras sonaron lúgubres. Di dos pasos hacia el interior de

la habitación y me quedé quieto.

Allí estaba la señora Martin. Metida en un ataúd. Flanqueada por cuatro hermosos candelabros.

Sentí un escalofrío por la espalda porque no estaba preparado para aquella puesta en escena. Me acerqué al túmulo y observé el rostro de la señora Martin. Era una vieja de unos sesenta años, de rostro alargado y nariz aguileña. En sus labios había un gesto amargo, quizá porque no había estado conforme con que la muerte se la llevase.

Di media vuelta y salí de la habitación.

El criado seguía allí muy estirado.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

—Esta noche.

—¿Qué es lo que empleaste, cianuro o arsénico?

No se inmutó. Era un tipo muy entero.

—El señor está de broma —dijo—. La señora Martin murió de un ataque al corazón.

—¿Quién lo ha dicho?

—El doctor Mac Donald. Asistía a la señora Martin desde hace muchos años.

—¿Quieres decir que ella estuvo enferma algún tiempo?

—Sí, señor.

De pronto una voz femenina se interfirió en nuestra conversación.

—¿Qué ocurre, Arnold?

Giré hacia la derecha y la vi al fondo del vestíbulo, junto a una puerta que estaba abierta. Era esbelta y muy hermosa, de cabello rojizo y rostro bellísimo, en el que brillaban dos ojos como aguamarinas.

—Es el señor Howard Rubber, señorita Martin —anunció Arnold —. Acaba de llegar. Dice que tenía una cita con la señora.

La diosa me observó detenidamente, mientras yo me dirigía hacia ella.

—Mi más sentido pésame, señorita Martin —dije.

—Gracias.

—¿Podemos hablar a solas?

—Creo que no es necesario, señor Rubber. Presente su factura al administrador y él le pagará. Es el señor Gardner y le encontrará en

su despacho de Centerville, calle mayor 114.

—No tengo ninguna factura que cobrar, señorita Martin.

—Oh —dijo y me observó más detenidamente.

Saqué una de mis tarjetas comerciales y se la alargué. Ella la tomó con la punta de los dedos como si temiese contaminarse y la leyó.

—¡Oh! —dijo otra vez.

Era una chica de vocabulario muy limitado, pero de todas formas me hubiese gustado echar una parrafada con ella en cualquiera de mis días libres.

Me hizo una señal para que pasase a la habitación de donde ella había salido. Los muebles eran antiguos lo mismo que la alfombra. La pelirroja desentonaba tanto en aquel lugar como un pulpo en un garaje. Me ofreció un sillón junto a la ventana y yo lo acepté, pero ella quedó de pie. Observó otra vez la tarjeta y yo aposté a que las letras no habían variado. Esperé otra de sus conocidas exclamaciones, pero esta vez le dio por hablar.

—¿Qué desea, señor Rubber?

Le contesté con otra pregunta.

—¿Era su madre la señora Martin?

—Mi tía.

—Ya —saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. Su tía me contrató, señorita Martin.

—¿Qué ella…? —dejó la frase sin terminar y agregó—: No lo puedo creer.

—Sin embargo, es así.

—¿Para qué le contrató, señor Rubber?

—No lo sé. Sólo me dijo que debía estar aquí a las tres. ¿Tiene usted alguna idea, señorita Martin?

—En absoluto.

—¿Me podría informar alguien que no sea usted?

—Los únicos familiares somos mi hermano y yo.

—¿Quizá su hermano…?

—No está aquí. Jeff reside en Los Ángeles.

—Quizá el administrador, ese señor Gardner pueda informarme de algo.

—No lo creo, señor Rubber —ella levantó la barbilla como si se

sintiese ofendida. Pero luego prefirió explicarlo—. Mi tía no se llevaba bien con el administrador. Puedo asegurarle que él no era depositario de ningún secreto de ella. Tía Edith soportaba al señor Gardner.

—¿Por qué le soportaba?

—Hace demasiadas preguntas.

—Mire otra vez mi tarjeta. Quizá a la tercera se entere de que soy detective privado.

Empezó a ponerse roja y las aletas de su nariz palpitaron. Yo quise ser mordaz intencionadamente. Muchas personas necesitan exaltarse para que suelten lo que llevan dentro.

Se humedeció el labio inferior con la lengua.

—No es necesario que prolongue su presencia en esta casa, señor Rubber. Ni siquiera sé si está diciendo la verdad.

—Ya, usted cree que he inventado lo de que su tía me rogó que viniese.

—Digamos solamente que lo pongo en duda.

Me puse en pie.

—Está bien, señorita Martin Ya me marcho.

—Naturalmente, le pagaré los honorarios que usted establezca.

—¿Y si resultase que yo soy realmente un tipo vivo como usted cree? Hay personas que se dedican a sacar el dinero a los familiares de las personas recientemente fallecidas.

Yo mismo le ofrecía un motivo para justificar su postura ante mí. Tal como esperaba, eso le hizo titubear.

—A pesar de ello, quiero pagarle.

—Sólo cobro cuando acabo un trabajo —dije.

—Entonces, lo siento, señor Rubber.

Meneé la cabeza y eché a andar hacia la puerta. Cuando abrí ésta, me volví.

—Hasta la vista, señorita Martin.

Ella hizo solamente una inclinación y yo salí fuera.

El criado estaba en el vestíbulo montando guardia y me abrió rápidamente la puerta con evidentes deseos de que me largase cuanto antes.

Bajé por la escalera de mármol, ocupé mi asiento en mi coche y me alejé de allí.

En el viaje de regreso a Centerville pensé mucho en la señora

Martin y en su sobrina, aunque un poco más en la señorita Martin. Infiernos yo no había visto una mujer como ella desde los tiempos en que Rita Hayword hizo «Gilda», y había llovido un rato desde entonces.

Era orgullosa, altiva, pero eso a mí me tenía sin cuidado.

Estacioné el coche junto al 114 de la calle mayor y me metí en un edificio de ladrillo rojo.

Pregunté a un encargado y subí en el ascensor a la tercera planta. Sobre una puerta había una placa dorada en la que se leía:

«Bruce Gardner, Agente de Bienes Raíces»

Pulsé el llamador y me abrió una rubita llenita de carnes, de ojos vivaces y mohín picaresco.

Le dije que deseaba ver al señor Gardner y le di una de mis tarjetas no comerciales en las que figuraba sólo el nombre.

Me hizo pasar a la oficina donde ella trabajaba en compañía de otras dos muchachas y luego se coló por una puerta que había al fondo Sólo tuve que esperar un minuto. La rubia regresó y mantuvo la puerta abierta.

—Pase. El señor Gardner le espera.

Gardner estaba por los cincuenta años de edad y era un calvo de abultado abdomen y ojos que defendía con gruesos cristales de aumento.

Me estrechó la mano por encima de una mesa llena de legajos y señalóme un sillón de cuero.

—¿En qué puedo servirle, señor Rubber?

—Vengo de casa de la señora Martin.

—Oh, sí, muy lamentable —empleó un tono demasiado seco—. Pero el desenlace no se podía hacer esperar mucho. Usted estaría al corriente.

—La vi por primera vez hoy.

—No le comprendo, creí que usted era amigo suyo.

—Tenía una cita con ella, señor Gardner. Al parecer, la señora Martin me quería encargar algún asunto. ¿Mi nombre no le dice a usted nada?

Parpadeó un poco confuso.

—¿Tenía que decírmelo?

—Verá, señor Gardner, yo soy un detective privado. La señora

Martin habló ayer conmigo por teléfono hacia las seis de la tarde. Me dijo que necesitaba mis servicios. Yo estuve conforme con venir aquí y me citó para las tres.

—Entiendo —dijo.

—He pensado que usted podría saber algo acerca del motivo que impulsó a la señora Martin a ponerse en contacto conmigo.

Se quedó pensativo mientras se pellizcaba la barbilla.

—Lo ignoro en absoluto, señor Rubber. ¿Habló con Jezabel?

Así pues, Jezabel era el nombre de la señorita Martin. Deseé felicitar a la persona que se le hubiese ocurrido llamarla así. Le iba de primera. La altiva Jezabel. La orgullosa Jezabel. Me di cuenta de que Gardner me había hecho una pregunta.

—Sí, hablé con la señorita Martin, pero ella tampoco sabe nada.

—Entonces me temo que yo no le pueda servir de ayuda.

—Quizá si usted tratase de recordar, podríamos dar con el asunto.

Gardner sonrió.

—Yo me limito a la administración de la fortuna de los Martin y le aseguro que en ese trabajo no hay ningún misterio.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas respecto a eso?

Se quedó muy serio mirándome a través de los cristales y finalmente, movió la cabeza.

—Le contestaré en cuanto no pueda perjudicar a mis clientes.

—Supongo que sus clientes son ahora la señorita Martin y su hermano.

—Sí.

—¿Cuánto van a heredar ellos?

Se miró las uñas, miró al techo y luego otra vez a las uñas.

—Aproximadamente unos dos millones de dólares.

Contuve mi impulso de dar un salto.

—¿En qué clase de negocio están invertidos, señor Gardner? —inquirí.

—Hay un depósito de medio millón que se repartirá por partes iguales entre Jezabel y Jeff Martin. El millón y medio restante está invertido en la fábrica de cueros. La puede contemplar si sale de Centerville hacia el Sur Es el mayor negocio en su clase que existe en el Estado.

—Ese depósito de quinientos mil que se van a repartir los dos

hermanos, ¿lo hizo la señora Martin?

—No. Fue creado por Randolph Martin, padre de Jezabel y Jeff y hermano de Edith Martin. Lo dejó establecido así en su testamento. Los dos hermanos no podrían tocar un solo centavo del depósito mientras la señora Martin estuviese viva.

Hizo una pausa y sus labios sonrieron.

—Ya comprendo que usted pensará que Jezabel Martin o su hermano Jeff han podido tener motivos suficientes para desear la muerte de su tía.

—Sí, creo que estoy pensando en ello, señor Gardner.

—Debo advertirle que ambos recibían bastante dinero para atender sus necesidades.

—¿Cuánto es bastante dinero?

—Dos mil al mes.

—Hay gente que no considera eso suficiente.

—Jezabel apenas necesita unos quinientos para sus gastos. Ello le ha permitido ahorrar durante ocho años, desde la muerte de su padre, a un ritmo de mil quinientos al mes.

—Es una muchacha con mucho encanto —dije.

No le gustó mi sarcasmo. Durante unos instantes en sus ojos brilló una lucecilla, pero luego ésta se apagó y dijo:

—En cuanto a Jeff, se basta a sí mismo.

—¿Sí? ¿En qué se ocupa?

—Es constructor de obras. Se marchó hace un par de años a California y le ha ido bastante bien.

—¿Cuándo le vio por última vez, señor Gardner?

—Hace cosa de un año yo tuve que ir a Los Ángeles por motivos profesionales. Visité a Jeff. No le faltaba trabajo. Me invitó a permanecer en su casa durante los días que estuve allí. Tenía que verla, dos piscinas, pistas de tenis y un enjambre de criados.

—¿Se preguntó si él podría mantener ese lujo?

—Hice también una visita a sus oficinas y me mostró contratos de gente importante. Casualmente estaba construyendo un campamento de automovilistas que le iba a proporcionar la bonita cifra de veinticinco mil dólares.

—Supongo que lo habrán informado de la muerte de su tía.

—Desde luego. Yo mismo hablé por teléfono con él.

—¿Cuándo, señor Gardner?

—Anoche. La señora Martin murió a las doce y veinte. Yo hablé con Jeff a la una de la madrugada. Me dijo que tomaría un avión esta misma mañana desde Los Ángeles. Llegará aquí a las cuatro de la tarde. Tengo que ir a recibirle al aeropuerto, pero antes he de ocuparme de algunas cosas, señor Rubber.

Me puse en pie y él también lo hizo, estrechando mi mano.

—Gracias por todo, señor Gardner.

—No hay por qué darlas. Tuve mucho gusto en serle útil. Ahora sólo falta que me diga cuáles son los gastos que su viaje le ha ocasionado.

—Cincuenta dólares.

Sacó la cartera y retiró un fajo de billetes. Contó y me alargó los cincuenta dólares. Seguidamente me acompañó hasta la puerta.

La rubita me miró cuando yo pasaba junto a su lado y yo le guiñé un ojo. Ella me dedicó una sonrisa.

Salí a la calle y me metí en un bar que estaba cerca de las oficinas de Gardner. Pedí un *whisky* en el mostrador y fui a la cabina telefónica. Busqué en la guía el número del aeropuerto. Fui informado de que el avión de Los Ángeles llegaría a las cuatro de la tarde.

Bebí mi *whisky* y me dirigí al aeropuerto. Hice tiempo en el bar y ya llevaba allí unos veinte minutos cuando vi llegar a Gardner. Le di las espaldas para que no me reconociese.

Un altavoz anunció que el avión de Los Ángeles estaba corriendo por la pista.

Unos cinco minutos más tarde vi a Gardner estrechar la mano de un hombre joven, rubio, de unos veintisiete años de edad, rostro bien parecido, que vestía elegantemente.

Se marcharon hacia la playa de estacionamiento y yo me acerqué a una azafata.

—Vine a esperar al señor Martin, Jeff Martin.

—Oh acaba de salir.

—El caso es que no lo conozco.

—Es el rubio tan elegante de chaqueta a cuadros.

Efectivamente, Martin llevaba una chaqueta a cuadros. Por fuerza la azafata había reparado en él durante el viaje, porque era el viajero más apuesto de aquel vuelo.

—¿Dónde subió el señor Martin, señorita? —pregunté.

—En Los Ángeles, naturalmente —me contestó parpadeando como si no estuviese segura de que hablaba con una persona normal.

Le di las gracias y cuando salí fuera vi que el coche donde viajaban Gardner y Jeff se alejaba por el camino a la ciudad.

Encendí un cigarrillo y me dediqué a pensar.

Bien; Jeff Martin no la había matado. Jezabel no tenía ningún motivo al decir de Gardner, y en cuanto a éste, con la muerte de la señora Martin perdía la oportunidad de administrar un depósito de quinientos mil dólares y posiblemente la de la fábrica de cueros más importante del Estado.

«Bien, Howard, ¿qué estás haciendo aquí? Ella murió de un ataque al corazón. Todo ha sido pura coincidencia».

Yo estaba allí de sobra y lo mejor que podía hacer era regresar a Nueva York, pero de pronto me acució la pregunta. «¿Qué era lo que quería de ti la señora Martin, Howard Rubber? ¿Te vas a marchar sin saberlo? ¿Cuántas veces vas a pensar en ello cuando te encuentres en tu oficina o en cualquier otra parte? ¿Para qué te necesitaba la señora Martin, Howard?».

CAPÍTULO II

El doctor Mac Donald golpeó su pipa contra el cenicero vaciando su contenido.

—Siempre he deseado conocer en persona a un detective privado —dijo mirándome sonriente—. Y puedo asegurarle que es usted el primero. Pero, por favor, no se quede ahí, siéntese.

Me senté.

Mac Donald estaba por los sesenta años y era de cabello blanco, nariz enrojecida y mentón hendido.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor —tuvo que mirar la tarjeta que había sobre la mesa—, señor Rubber?

—Me han informado que usted asistía a la señora Martin.

Interrumpió el golpeteo de la pipa contra el cenicero y se quedóme mirando con la boca abierta.

—¿Debo deducir que viene usted por ella?

—Sí.

Me miró con un poco de precaución.

—No pensará que la señora Martin ha sido asesinada… —sonrió otra vez.

—Todavía no —dije.

A continuación le conté por qué estaba allí Le dije la verdad igual que se la había dicho a Jezabel Martin y a Gardner. Cuando hube terminado meneó la cabeza.

—Sinceramente, creo que no puedo ayudarle, señor Pubber No comprendo por qué la señora Martin quería verlo a usted.

—Hábleme de su muerte, doctor Mac Donald.

—La señora Martin padecía de arterioesclerosis. Realmente debía estar muerta desde hace cinco años. Es lo que la ciencia le podía conceder como máximo, pero ella, como otros enfermos, venció a los recursos de la medicina.

—Teniendo eso en cuenta, su muerte podía producirse en

cualquier momento.

—Desde luego.

—¿Puede explicarme concretamente cómo llegó ese momento?

—Yo me encontraba ayer aquí en mi casa a punto de acostarme. Creo que leía un libro. Sí —alargó la mano y cogió un tomo que había a su derecha—. «Historia de Grecia». Me gusta lo clásico… Oh, perdone, estaba leyendo cuando sonó el teléfono. Era Jezabel. Me dijo que ella había entrado a dar las buenas noches a su tía y se la encontró respirando fatigosamente, sin poder hablar. Inmediatamente me puse en camino. Cuando llegué allá, la señora Martin estaba moribunda. De todas formas, le di unas pastillas de digitalina, aunque yo sabía que eso no serviría para nada. Ocurrió cuando hacía diez minutos que yo hacía llegado.

En el despacho donde nos encontrábamos se hizo un silencio.

—Quiero hacerle otra pregunta, doctor. ¿Se llevaba bien la señora Martin con sus sobrinos?

—Más que bien, señor Rubber. Entre la señora Martin y sus sobrinos no hubo jamás el menor roce.

—Sin embargo, Jeff se fue de su lado.

—Oh, sí, pero lo hizo porque es un chico muy independiente. Ya sabe, quería volar solo. Por ello estudió una carrera, siendo así que no le hacía falta. Desde pequeño le gustó la construcción. Yo siempre pronostiqué que Jeff llegaría lejos.

—¿Sabe si a él le ha ido bien en California?

—Mis noticias son de que se abrid camino, y de que ha prosperado mucho en el corto tiempo que lleva allí trabajando.

—¿Qué me puede decir de Jezabel?

—Es una buena chica.

—¿Sólo eso?

Me miró fijamente a los ojos.

—¿No es eso lo que le interesa a usted, la calidad de las personas, señor Rubber?

—Cuando se trata de una mujer especialmente hermosa, acostumbro a establecer su calidad en cuanto a sus relaciones con los hombres.

—Le comprendo. En ese aspecto, Jezabel es una introvertida.

Me pilló de sorpresa. Luego el doctor prosiguió:

—Jezabel pasa toda su vida en la casa. Sólo de vez en cuando

viene a Centerville o alarga su viaje a Nueva York. Se educó en Europa, concretamente en Suiza. Ni siquiera vino aquí cuando murió su padre. En cuanto a su madre, no la conoció. Terminados sus estudios a los dieciocho años, regresó a Centerville y se metió en esa casa con su tía. Ahora ha cumplido los veintitrés.

—¿Amigos?

—Algunas veces ha sido vista con algún muchacho de la localidad, pero eso ha sido extemporáneo, completamente casual. He hablado con algunos de esos chicos acerca de ella y todos repiten lo mismo. Jezabel es una chica aburrida, sin apenas conversación. Ya se lo he dicho antes, una introvertida.

—La vi esta tarde y no me pareció que sentía mucho la muerte de su tía.

El doctor sacudió la cabeza.

—La característica del introvertido es que reprime sus sentimientos, señor Rubber.

—Sí, le comprendo.

El doctor consultó su reloj.

—Lo siento, pero he de ir al funeral. Me hubiese gustado servirle de ayuda.

Me levanté y nos estrechamos la mano.

—Me ha servido, doctor —dije.

—¿Usted cree? —murmuró enarcando las cejas.

—Había pensado en Jezabel como en una posible sospechosa.

El doctor me pasó el brazo por los hombros mientras me acompañaba a la puerta.

—Tiene usted una profesión maravillosa, señor Rubber. Yo leo muchas novelas policíacas, ¿sabe…? cuando estoy de vacaciones.

Nos despedimos definitivamente y yo abandoné su casa.

Me detuve ante mi coche y encendí un cigarrillo. El asunto no tenía un solo asidero. Una voz interior me decía que estaba perdiendo el tiempo, pero me había empeñado en saber por qué me había llamado la señora Martin. Quizá me haría viejo en Centerville dando con aquel motivo.

De pronto vi venir por la acera a la rubita que trabajaba con Gardner. Me empezó a sonreír desde seis yardas y yo le sonreí también. Se detuvo delante de mí y dijo:

—Hola.

—Hola —dije yo.

Era un diálogo altamente instructivo.

—¿Es cierto que es usted detective? —preguntó.

—Sí —empecé a pensar si a todos los ciudadanos de Centerville les pasaría lo mismo que al doctor Mac Donald, que no habían conocido en su vida a un detective.

—Lo suyo debe ser muy emocionante —comentó.

—Mucho, pero eso no es lo importante, sino las chicas con las que uno se encuentra trabajando por ahí. A mí me gustan las rubias.

Se ahuecó el cabello.

—El caso es que tengo un compromiso —dijo.

—Si es un indígena, estoy seguro de que podrá demorar la cita para otro día. Yo sólo estoy aquí de paso.

—¿Me invita en serio?

—Adonde quiera.

Examinó mi convertible y le gustó.

—Conozco un lugar donde no me podrán ver. Usted ya sabe.

—Desde luego, y eso me recuerda que aún no sé tu nombre.

—Winnie.

Le abrí la portezuela.

—Adelante, Winnie.

Ella me indicó dónde debíamos ir. Era un restaurante que estaba en las afueras, en la misma carretera de Nueva York. Había un bar a la derecha donde bebían dos hombres y al fondo existía una puerta que conducía a un corredor flanqueado por reservados. Nos metimos en uno de éstos y Winnie se puso a quitarse el *rouge* con el pañuelo. Eso equivalía a una invitación. Winnie no tenía inhibiciones y eso me hizo pensar en la chica que las tenía. En Jezabel.

Entró un mozo de cara aniñada y dejé que Winnie hiciese el encargo del servicio.

Cuando quedamos solos, Winnie me dirigió una sonrisa.

—¿Qué has venido a hacer aquí a Centerville, Howard?

Era muy curiosa la rubia, pero hizo su pregunta sin ninguna inflexión de voz, ingenuamente.

—La señora Martin descubrió últimamente que le habían robado piezas de su vajilla. Me contrató para que descubriese al ladrón y, justamente cuando vine hoy para realizar mi trabajo, me encontré

con que ella había muerto.

—Oh —dijo—. ¿Quieres decir que tendrás que marcharte?

—Lógicamente es lo que tendría que hacer, pero soy un tipo muy testarudo, ¿sabes? Quiero dar con la persona que robó la vajilla. Después de todo, supongo que no me llevará mucho tiempo.

—¿Estuviste en la casa?

—Sí.

—Entonces tendrás un candidato.

—Arnold.

—No es el mío.

—¿Quién es tu sospechoso, Winnie?

—Perla.

—¿Perla? —repetí—. No la conozco.

—La doncella de la señorita Martin.

—¿Por qué crees que fue Perla. Winnie?

—No es que quiera asegurar que sea ella, pero si he de elegir un candidato, ésa es Perla Grahams. Es una muchacha ambiciosa que no consiguió en esa casa lo que quería.

—¿Qué es lo que ella quería Winnie?

—Atrapar a Jeff Martin.

—Tengo entendido que Jeff se marchó hace dos años a California.

—Sí, pero Perla llegó unos meses antes de que Jeff adoptase esta decisión. Se les vio juntos en muchos sitios y hasta hay quien dice que entre Perla y Jeff hubo algo más que amistad. Por eso la señora Martin no puso ninguna dificultad a que Jeff se marchase de aquí. Hasta es posible que lo alentase. Edith Martin era una mujer astuta y se dio cuenta de que si Jeff continuaba en Centerville, Perla terminaría por comprometerlo peligrosamente.

El mozo entró con el servicio y no volvimos a hablar hasta que se hubo marchado.

—Supongo que Perla habrá sustituido a Jeff por algún otro —dije.

—Después de marcharse Jeff, Perla ha ido con muchos. No se le ha conocido ninguno fijo —de pronto frunció el ceño—. Ahora recuerdo algo importante.

—¿El qué, Winnie?

—Caramba, estoy segura de que te va a gustar. Hace cosa de dos

meses mi amigo Herbert Kappel me dijo que había visto a Jeff Martin.

—¿Aquí en Centerville?

—Sí, pero lo más gracioso fue que Herbert aseguró haberlo visto en compañía de Perla. Yo no lo creí entonces, porque Herbert es un tipo que bebe con demasiada frecuencia y está considerado como el cuentista de la localidad.

—¿Y qué conclusiones sacas tú ahora, Winnie?

Se quedó pensativa un rato y luego encogióse de hombros, mientras observaba el plato de langosta con mayonesa.

—No lo sé, pero si fuese verdad todo me parecería muy extraño.

—¿Dónde podría hablar con Herbert Kappel?

—Tiene una estación de servicio al este de la ciudad, en la carretera que conduce a Springfield.

Se lo comió todo, pero yo apenas probé mi ración. Estaba nervioso porque quería marcharme de allí cuanto antes. Cuando ella hubo terminado con el café dijo:

—Creo que eres un tipo simpático, Howard, pero a mí no me engañas.

—¿Respecto a qué?

—Nadie ha robado la vajilla de Edith Martin.

—Tú eres una chica muy lista, y a mí me gustan rubias y listas.

—¿Crees que han matado a Edith Martin?

—Es una hipótesis que carece absolutamente de base.

—Pero tú estás investigando porque la crees posible. Me puse en pie.

—Vamos, Winnie, quizá no sea demasiado tarde para que acudas a tu cita.

—Oye, muchacho. Tú no eres de aquí, ¿por qué no dejas que te eche una mano?

—Cuando necesite tu ayuda sabré dónde encontrarte.

—A mí me entusiasman los misterios.

Le pellizqué la barbilla y la besé en la comisura de la boca. Luego, antes de que pudiese protestar, la tomé del brazo y la saqué del reservado. En el camino hacia la puerta pagué la cuenta y salimos fuera.

Mientras el coche corría hacia Centerville ella dijo con voz enfurruñada:

—No me gusta que me aparten de mala manera.

—Nadie te ha apartado, pequeña. Además, te puedo ofrecer un trabajo para calmar esa ansiedad tuya por el misterio.

—¿De qué se trata?

—Investiga todo lo concerniente a tu jefe.

—No me irás a decir que sospechas de Gardner.

—¿Por qué no había de hacerlo? Después de todo, es el administrador de una fortuna importante.

—Gardner es tan inofensivo como una hormiga.

—Podría hablarte de unas cuantas personas supuestamente inofensivas que cortaron cabezas, envenenaron e hicieron barbaridades con sus víctimas.

—Gardner, «el Destripador» —soltó una risita—. Si lo cuento a mis compañeras lo encontrarán muy divertido.

—Será mejor que quede entre nosotros.

—Muy bien, jefe. Guardaré el secreto profesional.

Habíamos llegado a Centerville y ella dijo:

—Puedes dejarme aquí. Vivo a la vuelta de la esquina.

Acerqué el coche al bordillo de la acera y ella saltó fuera. Agitó la mano en el aire.

—No te olvides de mí, detective.

Le correspondí con un saludo y alejóme de ella.

Era noche oscura cuando llegué a la estación de servicio en la carretera que conducía a Springfield. El bar era atendido por una morena de muy buen ver. Algunos taburetes estaban ocupados por hombres y mujeres y a la izquierda, alrededor de una de las mesas, comían tres conductores de camión.

Ocupé un taburete y pedí a la morena un *whisky*. Cuando me lo servía pregunté:

—¿No está Herbert por aquí?

Me miró escrutadoramente a la cara.

—¿Quién lo busca? —preguntó.

—Howard Rubber.

—No me dice nada su nombre.

—Recaudaciones e Impuestos.

Me dedicó más atención y luego movió la cabeza.

—Está bien. Puede pasar. Herbert está echado en la cama. Primera habitación a la derecha.

Entré por el hueco que había debajo del mostrador y la morena me señaló con la cabeza el lugar por dónde debía ir. Oí una serie de ronquidos y eso me sirvió para localizar al durmiente. Lo vi tendido sobre un diván y la lámpara estaba encendida. Herbert Kappel tenía treinta años, y era muy alto, de cabello rojizo y poderosa musculatura. Había una silla al lado del diván y me senté en ella. Luego alargué una mano y la posé sobre el hombro de Kappel.

Se despertó poco a poco sin ningún sobresalto, pasóse la diestra por la cara y por último fijó sus ojos en mí.

—Hola, Kappel —lo salude.

Se sentó en el diván y sacudió la cabeza de un lado a otro para despejarse.

La morena apareció en el hueco de la puerta y después de mirarnos a los dos anunció:

—Dice que se llama Howard Rubber y que se ocupa de los impuestos.

Después de hecha la presentación se marchó, dejándonos otra vez solos.

Kappel me observó completamente despierto.

—Está bien, ¿qué quiere? —dijo.

Saqué la cartera y extraje un billete de a cinco dólares que puse sobre el diván.

—El Tío Sam le devuelve eso.

Miró el billete y me miró a mí. Luego se echó a reír.

—Oiga, Rubber, usted no tiene nada que ver con los impuestos. Voy a contar hasta diez y para entonces quiero que se haya ido.

—De acuerdo. Kappel. No soy de los impuestos. Sólo quiero que me dé una pequeña información.

—He contado ya tres.

—Hablé con una amiga suya, Winnie. Me dijo algo respecto a que usted vio hace dos meses a Jeff Martin y a Perla Grahame.

—Estoy llegando a ocho, Rubber. Aproveche su oportunidad.

¡Decid! que llegase hasta diez.

De pronto se levantó y alargó las manos para cogerme por las solapas de la chaqueta. Me enderecé unas pulgadas y le golpeé con el filo de la mano en las dos muñecas.

Lanzó un grito y volvió a caer en el diván. Se quedóme mirando con los ojos muy abiertos y una mueca feroz.

—¡Maldito sea, Rubber!… ¡Lo van a sacar de aquí a pedazos!

—Me he tenido que enfrentar con otros más grandotes que tú, Kappel, y eso es una advertencia.

Soltó una carcajada ficticia y me embistió con la cabeza gacha, como una res ciega. Esta vez me sorprendió y su testuz me golpeó en el plexo solar arrojándome hacia atrás como una pelota. Estrellé los hombros contra la pared y quedé conmocionado. Estaba muy cerca del hueco y por éste aparecieron unos tobillos y unas pantorrillas la mar de bonitas.

—¿Qué pasa, Kappel? —preguntó la morena.

—Nada que a ti te importe, Anna —repuso Kappel—. ¡Largo de aquí!

—¡Muérete! —dijo ella, y se marchó otra vez.

Kappel empezó a masajearse los puños.

—Anda Rubber, levántese por su propio pie y lárguese. No quiero hacerle daño.

Me enderecé, limpiándome las perneras del pantalón. Casi no podía respirar porque me dolían las costillas. En esa posición, le descargué el puño en la cara. Hice un blanco perfecto. Kappel se abatió sobre el diván y éste le escupió contra el suelo.

El tipo se movió con una agilidad increíble para su peso. Vino hacia mí a gatas y se incorporó justo delante, haciendo rechinar los dientes.

Echó el puño atrás para convertirme en pulpa y yo aproveche bien mi oportunidad, clavándole la izquierda y la derecha en el hígado y el estómago.

Era su punto flaco, porque empezó a ponerse lívido y derrumbóse de rodillas, sin fuerzas siquiera para replicarme.

Di la vuelta alrededor de él y me senté en el diván encendiendo un cigarrillo.

Kappel respiraba jadeante, como una locomotora. De pronto se echó a reír, levantándose.

—Infiernos, usted es fuerte, Rubber.

—¿Qué hay de esa información, Kappel?

—No sé nada.

Lo miré a los ojos y comprendí por qué era el cuentista de la localidad.

—Viste a Jeff Martin y a Perla Grahame hace dos meses.

—No.

—Quiero saber en qué lugar y también me vas a decir la fecha.

Se apoyó en la pared sin dejar de sonreír.

—Fue una invención mía. Pregunte por ahí. Soy un tipo con mucha imaginación.

—¿Por qué habías de inventar una cosa así, Kappel? ¿Qué interés podías tener en ello?

—Ninguno, y por eso se lo solté a Winnie. Probablemente lo diría para justificar llegar tarde a la cita o por cualquier otra cosa.

Echó a andar hacia mí y fue a coger el billete de a cinco dólares que había caído en el suelo en el transcurso de la pelea, pero lo pisé con el zapato y lo atraje hacia mí.

—¿Es que no me va a dar el billete? —rezongó.

—No te lo has ganado, Kappel.

—Le he dicho lo que sabía.

—¿Quién te avisó, Kappel?

—¿Cómo?

—Alguien le llamó por teléfono diciéndote que yo iba a venir aquí.

—Usted está mal de la cabeza. Llevo durmiendo un par de horas, y en todo ese rato nadie me ha hecho una llamada.

Me puse en pie.

—Está bien, Kappel —le alargué el billete.

Él se lo guardó mientras sonreía.

—Me gustaría echar otra pelea con usted, Rubber.

—A mí, no.

—¿Es que tiene miedo?

—Sólo peleo cuando me enfado.

Me miró en silencio y luego rió otra vez.

—Vuelva por aquí alguna vez, Rubber.

—Es posible que lo haga, cuando esté menos ocupado —di dos pasos hacia la puerta, pero me detuve volviendo la cabeza—. ¿Es ella tu esposa?

—¿Anna? No —rió otra vez—. Hay mucha gente que se confunde como usted, y es que la chica no puede disimularlo. Está loca por mis huesos.

Sentí deseos de quebrarle al menos uno, pero eso me podía acarrear complicaciones y salí de la habitación.

Cuando pasé a la parte del mostrador destinada al público, Anna se me acercó.

—¿Ya quedaron en paz? —preguntó.

—Sí, sólo falta que le pague mi *whisky*.

—Medio dólar.

Le di la moneda y cuando ella la cogía, dije:

—Kappel se levantó de mal humor. Fue una lástima que yo no llegase un par de horas antes.

—Le habría bastado con adelantarse quince minutos. Herbert se acababa de echar cuando usted apareció por aquí.

—¿Antes de la llamada? —pregunté.

—Sí, un poco antes.

—¿Quién lo llamó, Anna?

Fijó sus ojos en los míos y luego respondió:

—No lo sé. Fue él quien cogió el micro.

—¡Anna! —La llamó de pronto Kappel desde el hueco de la puerta.

Vi cómo la joven se estremecía. Kappel despedía chispas por los ojos.

Hablé a la muchacha por la comisura de la boca.

—Si la toca, dígamelo.

—Por favor, márchese.

—Estaré hospedado en el «Nacional». Recuérdelo, Anna.

Seguidamente di media vuelta y salí de allí.

CAPÍTULO III

Había salido de Nueva York con una valija en previsión de que tuviese que permanecer unos cuantos días en Centerville y eso había sido un acierto.

Una vez me encontré en la habitación treinta y cuatro del hotel «Nacional», me desvestí, tomé una ducha y me rasuré con la maquinilla eléctrica. Regresé al dormitorio en paños menores para ponerme el traje gris, pero me detuve a medio camino antes de llegar a la puerta, porque tenía visitantes.

No los había oído entrar quizá porque entraron mientras estaba en el baño.

Uno estaba sentado en el borde del lecho, limando sus uñas tranquilamente. Era gordo, de ojillos cerdunos que parecían cargados de sueño. El otro era muy alto y se apoyaba en la puerta. Tenía ojos de batracio y sus labios se contraían en un rictus de perenne amargura.

—Pónganse cómodos —dije y seguí mi camino hacia el placará.

Empecé a embutirme los pantalones y entonces el gordo dijo:

—Ese traje gris no le conviene para viajar, o se le manchará por el camino.

—¿Quién habló de viajar? —pregunté mirándole a los ojos.

—Aquel chico que ve en la puerta se llama King Scott y yo soy William Raine. Los dos trabajamos por cuenta de una agencia de viajes. Usted llamó esta tarde a la oficina pidiendo que se le reservase un billete en el tren que saldrá de Centerville para Nueva York a las 8.30.

—Seguramente están confundidos.

Prosiguió hablando como si yo no le hubiese interrumpido.

—Usted dijo que tenía un coche y que estaba cansado de viajar con él y el encargado de la agencia le dijo que nosotros mismos nos ocupáramos de llevarle el carro a su casa. Mañana, cuando se

levante para ir a la oficina, encontrará su «Ford» frente a su misma puerta, y ya puede estar seguro de que no habrá sufrido ningún daño.

Lo habían previsto todo. No se contentaban con verme marchar de la ciudad en mi automóvil. Yo podía dar la vuelta apenas hubiese recorrido unas millas. Me querían meter en el tren y quitarme el carro para devolvérmelo al día siguiente. Si yo saltaba del tren, ellos me destrozarían el coche y quizá algo más importante.

Me estaban mirando los dos y sus miradas eran frías, desprovistas de humanidad. Conozco los tipos de su clase. Los hay a docenas por el Bowery.

—Ustedes deben trabajar con una agencia muy importante —murmuré.

—Seguro, hermano —dijo William Raine.

—¿Me pueden decir su nombre?

—«A escaparse tocan».

—Es bonito.

—Y sobre todo expresivo.

—El jefe de ustedes debe ser una persona con mucha imaginación.

William consultó su reloj.

—No le queda mucho tiempo. Son las once. Será mejor que se prepare. Nosotros mismos nos ocuparemos de cancelar su cuenta en el hotel.

—¿Van a pagar por mí?

—Sí, es un detalle de la casa.

—Supongo que no puedo renunciar.

—No puede.

Sacudí la cabeza y me puse la chaqueta gris que hacía juego con el pantalón.

—Le dije que no es ése el traje —me dijo William Raine.

—Es igual. Viajaré con él.

Les pareció extraño que me conformase.

Preparé mi valija bajo sus miradas vigilantes y finalmente la cogí del asa diciendo:

—Bien, muchachos. Ya estoy listo.

El tipo que no había despegado la boca hasta entonces se echó a

reír.

—Ya te advertí que este muchacho sería comprensivo.

William Raine se puso de pie, señalándome la puerta con la mano.

—Irás entre los dos, chico.

Salimos del apartamento y descendimos en el ascensor. Al llegar abajo, King Scott me arrimó a la pared. Tenía la mano dentro del bolsillo y éste le abultaba mucho. Cambió una mirada con su compañero y éste fue al registro para cancelar mi cuenta. Yo, mientras tanto, saqué un cigarrillo y lo encendí.

El gordo nos hizo una señal con la cabeza cuando hubo terminado y King y yo emprendimos la marcha hacia la puerta.

Salimos a la calle y caminamos hacia un coche negro. William Raine y yo entramos en el asiento posterior. King se puso al volante.

—Muy bien —dijo William dando un suspiro—. A la estación, King.

El carro se puso en movimiento.

Yo sabía ahora dónde William tenía la pistola, porque me había arrimado a él al entrar en el coche.

Di una chupada al cigarrillo y luego, muy tranquilamente, apliqué la punta en el cuello de William Raine.

El gordo pegó un salto y un bufido. Era justo lo que yo necesitaba para meterle la mano en el bolsillo y quitarle el arma.

King empezó a frenar el coche, pero entonces dije con voz seca:

—¡Continúa la marcha, King, o te vuelo la tapa de los sesos!

William Raine estaba escupiendo obscenidades y se frotaba el trozo de piel que yo le había achicharrado.

—¡Maldito seas, Rubber! —me amenazó—. Esto te va a costar la vida.

Le clavé el cañón del revólver en la grasa del vientre.

—Escuchad, par de estúpidos… Estoy harto de romper narices como las vuestras, de modo que quiero respuestas claras y sencillas a las preguntas que os voy a hacer.

King me miró por el espejo retrovisor.

Se hizo un silencio y cuando William Raine se hubo calmado un poco, disparé mi primera pregunta:

—¿Por cuenta de quién trabajáis?

Ninguno de ellos respondió, y apreté más el cañón contra la

carne del gordo.

—Contesta pronto, William.

—No sé nada.

Le pegué con el cañón en la barbilla.

—¿Quién, muchacho? —inquirí otra vez.

William se había hecho un ovillo contra el respaldo.

—Fue Kappel —dijo.

—¿Herbert Kappel, el de la estación de servicio?

—Sí.

—Prueba otro, ése no me gusta.

—Te digo que fue Kappel, ¿verdad, King?

Nuestro conductor movió la cabeza dándole la razón. Yo también asentí.

—¿Por qué quiere Kappel que me marche de Centerville?

—No lo sé —respondió William Raine.

Hice un ademán de pegarle otra vez y soltó un grito.

—Pregúnteselo a King. Quizá él lo sepa.

—Anda, contesta tú, muchacho. ¿Cuál es el interés de Kappel?

—A mí tampoco me explicó nada. Sólo nos dijo que debíamos sacarle a usted de la ciudad.

—Sois amigos de Kappel, ¿eh?

—Simples conocidos.

—¿En qué líos anda metido él?

King se encogió de hombros.

—Que yo sepa sólo se interesa por su estación de servicio… y por las mujeres.

—Bien, King, no te desvíes del camino de la estación. Quiero llegar a tiempo de la salida del tren de las 8.30.

King hizo un gesto de asentimiento.

Saqué un nuevo cigarrillo y lo encendí. William Raine miró la llama con atención. Arrojé el fósforo sobre el piso y pregunté:

—¿Conocéis a los Martin?

Ninguno de ellos contestó y les aclaré:

—Me estoy refiriendo a los propietarios de la fábrica de cueros que hay al sur de la ciudad.

William Raine respondió:

—King y yo no somos de aquí.

—¿De dónde sois?

—De Nueva York.

—¿Y por qué habéis venido a Centerville?

—Nos dejamos caer por aquí de vez en cuando —contestó Raine —. Vinimos hace dos días casualmente. El clima de Nueva York no nos sentaba bien.

King frenó el coche en una playa de estacionamiento donde había otros muchos vehículos.

—Ya hemos llegado —anunció.

—Levanta los brazos, King —le ordené.

Los levantó sin pestañear. Yo me eché sobre él y le despojé de la pistola. William Raine trató de abalanzarse sobre mí, pero lo dejé llegar y le pegué un rodillazo en el estómago. Desplomóse en el asiento soltando el repertorio que ya le conocía.



Le pegué un rodillazo en el estómago

—Bien, chicos —dije—. Yo saldré primero y luego vosotros, pero os voy a hacer una advertencia. Al que se le ocurra echar a correr le pego un balazo. Haced lo que os convenga.

Ninguno de ellos echó a correr. Los reuní junto a la proa del sedán y les señalé con la pistola la estación.

—Vamos allá.

Ninguno de los dos se movió. Me estaban observando con perplejidad.

—¿Qué te propones, Rubber? —preguntó William Raine.

—Vais a sacar los billetes para Nueva York.

Eran dos cabezas de chorlito y no estaban preparados para esa sorpresa.

—No queremos ir a Nueva York —dijo King Scott.

—Yo sí quiero —repuse, y levanté la pistola.

Nos encontrábamos en una zona oscura de la playa de estacionamiento.

—Está bien —convino William Raine—. Sólo tendrás que sacar un billete, King. Yo aprovecharé el de Rubber.

Echamos a andar hacia la taquilla expendedora y guardé la pistola en el bolsillo.

William Raine se detuvo porque era el que de ellos dos tenía más coraje.

—¿No podemos Ilegal a un arreglo, Rubber?

—No.

—Lo olvidaremos todo si eres tú el que te marchas.

—¡Fuera de la ciudad!

En eso se oyó un pitido a lo lejos, y el tendido cercano empezó a trepidar.

—Date prisa, King —dije—. O me empezaré a poner nervioso.

Ya no trataron de disuadirme. King se puso en la cola y compró su billete. El convoy se detuvo en la estación y los viajeros fueron de un lado a otro.

Acompañé a William y a King hasta el tercer vagón. William se enfrentó conmigo antes de subir.

—King y yo nunca olvidamos.

—A veces eso es muy malo.

—Lo va a ser para ti, Rubber. Ahora tú tienes las pistolas, pero eso no va a durar mucho. Este negocio sólo tiene una solución. Nos devuelves las armas y tú te marchas en el tren. Mañana encontrarás tu coche frente a tu casa.

—¡Arriba, William!

Me miró con ojos cargados de odio y finalmente dio media vuelta y se reunió con su compañero en la plataforma.

La locomotora pegó un zumbido y el gusano se puso en movimiento. Pronto adquirió velocidad, perdiéndose en la distancia.

CAPÍTULO IV

Llegué otra vez al hotel «Nacional» con mi valija y el encargado me recibió con un gesto de sorpresa.

—Decidí quedarme —dije—. ¿Quiere darme la misma habitación si no está ocupada?

Me la dio.

Una vez arriba guardé la pistola de King y me quedé con la de William Raine. Yo había dejado la mía en Nueva York, porque prescindo de las armas siempre que puedo. Pero, tal como estaban las cosas, no era cuestión de descuidarse.

Me dirigí en mi descapotable a la casa de los Martin. Desde mucho antes de llegar observé que había algunas ventanas iluminadas.

Pulsé el timbre e inmediatamente Arnold me abrió la puerta. Empezó a hacer una mueca y yo pasé por su lado y le palmeé en la espalda.

—Hola, viejo —le dije—. Anúnciame a la señorita Martin.

—Lo siento, pero la señorita Martin no puede recibirle.

—¿Por qué? ¿Se acostó con jaqueca?

—La señorita Martin ha cancelado todas las visitas.

—Dile que no me iré sin verla.

Se dio cuenta de que yo estaba hablando en serio y echó a andar hacia la habitación donde Jezabel me había recibido aquella misma tarde.

Invirtió un minuto en regresar.

—La señorita Martin pide que la disculpe.

Recorrí la distancia que me separaba de la puerta.

La abrí de un tirón y pasé dentro, cerrando antes de que el criado me alcanzase.

Jezabel no estaba sola. Su hermano le hacía compañía.

La pelirroja se encontraba sentada en un sillón, las piernas

cruzadas, con un vaso de *whisky* en la mano.

Cubríase con un vestido negro de escote en V que la ceñía mucho haciendo resaltar sus curvas.

Jeff Martin se estaba sirviendo un vaso de *whisky* y levanto la mirada cuando yo entré.

—Buenas noches —dije.

Los ojos de la muchacha despidieron rayos.

—Le he dicho a Arnold que no estaba visible para usted.

—Basta echarle una mirada para saber que está muy visible.

Mi respuesta la colmó de ira. Fue a decir algo, pero su hermano se echó a reír.

—Tenía ganas de conocer a un tipo divertido Jezabel. ¿Quieres presentarme?

—Es el detective privado de que te hablé.

Jeff se adelantó hacia mi tendiéndome la mano y yo se la estreché.

—Celebro conocerle, señor Rubber. ¿Toma un *whisky* con nosotros?

—Por supuesto —dije.

Jeff se marchó hacia el bar para servirme el vaso y Jezabel aprovechó su oportunidad.

—¿Qué es lo que quiere, señor Rubber?

—He tratado de averiguar por qué me llamó la tía de ustedes, señorita Martin.

—¿Cree que eso es tan importante ahora que ella está muerta?

—Precisamente es lo que lo hace importante.

—¿Qué quiere sugerir, señor Rubber?

Jeff vino hacia mí con el vaso en la mano.

—Está claro, hermanita. El señor Rubber cree que nuestra tía no ha fallecido de muerte natural. ¿Me equivoco, señor Rubber?

Jezabel replicó antes de que yo pudiera hacerlo:

—¡Eso es una solemne tontería!

Acepté el vaso de Jeff y bebí un trago mirándole a la cara. Era muy guapo, aunque también daba la impresión de ser muy varonil. Me dirigió una sonrisa.

—Tendrá que disculpar ciertas cosas de mi hermana, señor Rubber. Ella lo aprendió todo en un libro.

—Por favor, Jeff —exclamó la pelirroja.

—¿Lo ve? Cualquier cosa la excita.

Sacó una pitillera y me invitó a fumar, pero los cigarrillos estaban emboquillados y yo no los quise. Encendí uno de los míos.

—¿Por qué cree que mi tía ha sido asesinada, señor Rubber? —preguntó.

—No tengo ninguna prueba de que haya ocurrido eso —dije.

—¿Entonces?

—Están ocurriendo algunas cosas extrañas.

—Póngame un ejemplo.

—Fui a ver a Herbert Kappel —hice una pausa para ver el efecto que les producía, pero su rostro permaneció inexpresivo—. ¿Lo conocen ustedes?

Jezabel contestó primero.

—No tengo idea de quién es.

Esperé el turno de Jeff.

—Yo, si —respondió—. Tiene una estación de servicio. ¿Y puede saberse qué relación tiene Herbert Kappel con la muerte de mi tía?

Di unos pasos por la estancia, observando el contenido de mi vaso.

—Al parecer, Kappel lo vio a usted aquí hace un par de meses.

Jeff permaneció inalterable, como antes, pero me di cuenta de que Jezabel se estremecía.

Jeff soltó una risita.

—Suponiendo que, efectivamente, Kappel, me viese, no comprendo adonde quiere ir a parar. Soy un ciudadano libre y puedo ir donde me plazca.

—Es lo que yo pensé, pero Kappel se quiso retractar. Contó que usted estaba en compañía de Perla Grahame, pero luego ha negado que los viese. Coincido con usted en que la cosa no tendría importancia, pero hace cuestión de un rato recibí en la habitación de mi hotel a un par de matones que quisieron sacarme de la ciudad por la fuerza.

—Quizá no les cayó usted simpático.

—Sí, especialmente después que los obligué a que ellos fuesen quienes se marchasen.

—¿Y usted cree que yo fui quien le envió a los matones?

—No puedo asegurarlo tampoco.

—Parece estar seguro de muy pocas cosas, señor Rubber.

—Solamente de que aquí ocurre algo anormal —le sonreí—. Y estoy decidido a averiguarlo.

Hubo un silencio. Los dos se miraban fijamente, Jeff sin perder su sonrisa, Jezabel con un gesto airado.

—¿Quién es su cliente? —preguntó Jeff.

—Edith Martin —dije.

—Creo que es usted demasiado melodramático, señor Rubber. ¿No te parece, hermanita?

Jezabel se levantó y dejó el vaso sobre una mesa.

—Terminemos de una vez, señor Rubber —dijo—. ¿Cuánto quiere usted?

—¿Qué dice, señorita Martin? —inquirí, aunque muy bien sama lo que quería decir.

—¿Está conforme con mil dólares?

—No.

—Está bien. Cite usted la cantidad.

—Medio millón.

Jeff soltó una carcajada.

—Tiene usted sentido del humor, señor Rubber. ¿Es que no te das cuenta de que te está tomando el pelo, hermanita?

Los firmes senos de la joven se agitaron.

—Es usted insoportable, señor Rubber.

—Vamos, pequeña —dijo Jeff—. ¿Por qué has de tomarlo así? Después de todo, el señor Rubber está en su derecho. Fue llamado aquí por la tía —dio un suspiro mirándome—. Está bien, detective, va a saber la verdad.

—¡Jeff! —protestó la pelirroja.

—No te inquietes, pequeña. El señor Rubber es un hombre de mundo y está dando pruebas de ser muy objetivo.

Sobrevino una pausa y luego Jeff declaró:

—Kappel dijo la verdad. Yo vine a Centerville hace dos meses.

Jezabel se sentó otra vez, pero siguió mirándome con ojos furiosos.

Carraspeó suavemente.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su viaje, señor Martin?

—Sí, creo que se lo voy a decir. Quería casarme con Perla Grahame —sonrió—. Por eso Kappel me vio con ella.

—¿Se casaron?

—No.

—¿Qué lo impidió?

—Mi tía, naturalmente. Mi hermanita le había contado cuáles eran mis intenciones y tía Edith se puso furiosa conmigo. Me prohibió llevar a cabo mi proyecto.

—Y usted la obedeció.

—Sí, señor Rubber. Yo quería mucho a tía Edith. No podía darle ese disgusto, especialmente sabiendo que cualquier día podía morir.

—¿Se va a casar ahora con Perla, señor Martin?

—Sí.

Miré otra vez a Jezabel. Sus ojos se habían empequeñecido.

—Quisiera hablar con Perla Grahame —dije.

Jezabel se echó hacia delante.

—¿Cómo le permites dudar de tu palabra, Jeff?

Pero él se estaba riendo.

—Lo podemos contentar con muy poco hermanita. Perla le repetirá lo mismo que yo le he dicho y quizá entonces el señor Rubber se dé por satisfecho y nos deje en paz.

—Es posible —asentí.

—Muy bien. Toca el timbre, Jezabel.

La joven se acercó a la pared para oprimir el botón. El criado debía estar tras la puerta porque abrió enseguida. Jezabel le ordenó:

—Diga a Perla que venga.

—Sí, señorita.

Se marchó y los tres guardamos silencio. Jeff se sirvió otra ración de *whisky* y lo miró al trasluz diciendo:

—Cuando se vaya a ir quiero que me deje una de sus tarjetas, señor Rubber. Si alguna vez tengo necesidad de un detective privado, será usted quién se ocupe de mi asunto.

—Gracias.

Jezabel pidió:

—Dame un cigarrillo, Jeff.

Él se acercó a su hermana y le ofreció la pitillera y la llama con la que encendió. Finalmente se abrió la puerta y todos miramos en aquella dirección. Sólo entró Arnold.

Jeff enarcó las cejas.

—¿No viene Perla?

Arnold hizo una mueca.

—Lo siento, señor Martin, pero Perla no se encuentra en su habitación.

—Bueno, estará en alguna parte de la casa. Búscala.

—No, señor Martin. Tampoco se encuentra en la casa.

—¿Qué quieres decir, Arnold?

El criado titubeó.

—La señorita Grahame se ha marchado.

—¿Por qué?

—Su habitación está un poco en desorden, se ha llevado las valijas y no ha dejado ninguna de sus cosas.

Hubo una pausa y luego Jeff me miró.

—Acompáñeme, señor Rubber, por favor.

Observé el rostro de Jezabel y lo vi muy pálido.

Seguí a Jeff hacia el ala de la casa destinada a la servidumbre. Arnold trotaba a mi lado.

Jeff abrió una puerta y pasamos a la habitación.

Había un hueco en la cama, como si alguien se hubiese sentado en el borde. El armario estaba abierto y en el interior sólo se veían algunas perchas vacías. El cajón de la mesilla de noche estaba volcado en el suelo.

Jeff lo miró todo como asombrado y luego se rascó en la nuca.

—No lo comprendo —se volvió rápidamente hacia el criado—. ¿Qué sabes tú de esto, Arnold?

El criado se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Yo tampoco lo comprendo, señor Martin. Perla no me dijo nada.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hará cosa de una hora.

—¿Hablaste con ella?

—No, señor. Nos cruzamos en el vestíbulo. Ella venía de las habitaciones de arriba.

—¿Te fijaste si estaba preocupada por alguna cosa?

—No, señor, no me di cuenta.

Jeff se volvió hacia mí masajeándose el mentón.

—No entiendo una palabra de todo esto.

—¿Tiene ella algún familiar en la ciudad? —pregunté.

—Perla no es de Centerville. Nació en Chicago, pero nos la envió una agencia de Nueva York —me miró a la cara—. Oiga, Rubber,

hemos de movernos deprisa.

—¿Adónde quiere que vayamos?

—Estoy pensando que si Arnold la vio hace una hora, es muy posible que Perla haya tomado el tren de Nueva York que salió de aquí a las 8.15.

—¿Tiene algún motivo especial para pensar que ella haya podido tomar el tren?

Por primera vez se puso serio.

—No, detective. Es una simple hipótesis.

—El tren nos cobró mucha delantera.

—Sí, ya lo sé, pero yo tengo una avioneta particular y podemos llegar a Nueva York antes que el tren —sonrió otra vez—. ¿O es que quiere dejarme solo?

—Le acompañaré con mucho gusto, señor Martin.

—Lo suponía. Vamos a despedirnos de Jezabel.

Regresamos a la estancia donde se encontraba la pelirroja. Jeff la puso al corriente de todo. El rostro de la joven seguía pálido.

—El señor Rubber y yo regresaremos con Perla, hermanita. Será una corta ausencia —terminó diciendo Jeff.

Hicimos el viaje al aeropuerto en un «Jaguar» *sport* que devoraba las millas. La avioneta era una «Sparta» de dos plazas que parecía recién salida de la fábrica.

—Póngase el paracaídas, ¿quiere? —dijo Jeff, señalando un tablero del hangar.

Me lo puse y cuando regresé a su lado se rió.

—Celebro que tenga tanta confianza en mí.

Cada uno ocupó su sitio en la avioneta y enseguida emprendimos el vuelo hacia Nueva York.

Era una noche estrellada y uno no debía pensar en la muerte. De vez en cuando Jeff volvía la cabeza.

Llegamos a Nueva York sin novedad. Tomamos un taxi y nos hicimos conducir a la estación.

Le habíamos sacado más de veinte minutos de ventaja al tren.

—Bien, Rubber —dijo Jeff en el bar—. ¿Conoce usted a Perla?

—No.

Sacó de la cartera una fotografía que me alargó mientras explicaba:

—Fue hecha hace dos años, pero ella ha cambiado muy poco.

Los dos estaban en la playa, en bañador. Perla Grahame era muy hermosa, de rostro bello, cabello rubio, el pecho alto y las piernas muy largas.

—Naturalmente, ahora la verá vestida —dijo Jeff sonriendo.

—¿Dónde se hicieron la fotografía? —pregunté.

—Fuimos a Miami un fin de semana. Naturalmente, tía Edith no se enteró. Perla le pidió permiso para ir a Chicago a ver a un familiar que tenía enfermo.

Nos arreglamos para colocarnos estratégicamente, al objeto de no perder de vista un solo pasajero. Nos separamos y yo ocupé el lugar que me había destinado. Acaricié la pistola. No podía olvidar que en aquel tren viajaban King Scott y William Raine, los dos muchachitos a quienes había arrojado de Centerville.

El convoy que esperábamos llegó y los viajeros pasaron por mi lado. No: no vi a ninguna rubia que se pareciese a la mujer que yo tenía en la fotografía. Tampoco descubrí a William Kaine o a King Scott.

Pasaron los minutos y finalmente me dirigí al lugar donde se encontraba Jeff. Nos miramos y él movió la cabeza.

Fuimos al bar y pedimos *whisky*.

—¿Dónde puede estar, Rubber? —preguntó Martin.

—¿Hubo algún altercado entre ustedes, Jeff? —Hice la pregunta sin mirarlo.

—Oh, no. Ella y yo nos llevábamos muy bien.

—¿La vio usted a solas esta tarde?

—Si —me enseñó los dientes en una sonrisa que no era de afecto —. ¿He de contarle también mis escenas íntimas, Rubber?

—Sólo me interesa lo que usted y ella pudieron hablar.

—Fue una conversación completamente normal.

—¿Se refirieron a la boda?

—Sí.

—¿Cuándo se iban a casar?

—En Los Ángeles. Ella iba a venir conmigo.

—¿Cuándo se iban a marchar, Martin?

—No fijamos la fecha exacta. He supuesto que lo de mi tía me demoraría aquí unos cuantos días.

—¿No notó nada extraño en ella?

Se quedó pensativo unos instantes.

—Quizá sí, pero no lo pensé entonces. Ahora estoy seguro de que había algo que la preocupaba. Infiernos, ¿cómo no me di cuenta entonces de ello?

—Está bien, Martin. ¿Qué va a hacer ahora?

Bebió un trago de *whisky* e hizo chasquear la lengua.

—Creo que las cosas hay que tomarlas con calma, ¿no le parece? Perla no puede marcharse de mi lado sin darme ninguna explicación. Estoy seguro de que se pondrá en contacto conmigo… Oiga, estoy pensando en algo.

—¿Qué es ello?

—Quizá Perla se arrepintió y regresó a la casa. Tendría gracia, ¿no le parece? —saltó del taburete—. Voy a llamar. Enseguida vuelvo.

Vi cómo se metía en la cabina telefónica. Acabé mi *whisky* y pedí otro.

Transcurrieron diez minutos y Jeff seguía hablando por teléfono. Finalmente se acercó al mostrador.

—¿Está Perla en su casa? —pregunté.

—No —dijo con mal humor—, pero escribió una carta.

—¿Una carta?

—Sí, la llevó un mensajero poco después que nosotros nos marchamos. Supongo que quiere conocer su contenido.

—Soy un tipo muy curioso.

—Perla se ha despedido de mí. Dice que ya no me quiere, que se ha enamorado de otro hombre y que nuestro matrimonio sería un error. Le faltó valor para decírmelo a la cara.

—¿Le ha dicho adónde iba?

—No. No dice nada respecto a eso.

—¿Quién es el otro hombre?

—Tampoco lo menciona. ¿Debía hacerlo?

—No, supongo que no.

Pagó el importe de las consumiciones y dijo:

—Será mejor que regresemos.

—Sí, será lo mejor —asentí.

Salimos de la estación y nos dirigimos a la playa de aparcamiento para tomar un taxi. De pronto Jeff se detuvo y me tomó por un brazo.

—¿Qué le parece todo esto, Rubber?

—Es un poco complicado.

—¿Piensa seguir investigando?

—Creo que sí.

—Me agrada usted, Rubber. Y quiero ser su cliente.

—¿Qué trabajo desea encargarme?

—Usted ya lo sabe. He de saber quién es el hombre que se me llevó a Perla.

Lo miré fijamente a los ojos dejando correr unos segundos.

—Muy bien —dije—. Trataré de dar con él.

Me palmeó en la espalda sonriendo.

—Claro que sí, usted dará con él. Tiene toda mi confianza.

No hablamos nada en el camino al aeropuerto y eran las cuatro de la madrugada cuando llegamos a Centerville. Me invitó a ir a su casa, pero yo le dije que estaba muy cansado y que ya pasaría al día siguiente para recoger mi coche.

Nos estrechamos la mano y me dirigí al hotel «Nacional».

Entré en mi habitación llevando la pistola por delante. No; esta vez no había ningún matón esperándome, pero me cercioré bien registrando todos los rincones antes de acostarme.

Me encontraba muy cansado y no tardé en conciliar el sueño.

CAPÍTULO V

De pronto el teléfono se puso a repiquetear. Me desperté observando el reloj fosforescente que no me había quitado de la muñeca. Infiernos, sólo hacía una hora que estaba dormido.

El teléfono seguía sonando. Alcancé el auricular.

—¿Sí?

—¿Señor Rubber? —dijo una voz ronca.

—El mismo. ¿Quién habla?

—Un amigo suyo.

—Tengo muchos amigos. ¿Cuál de ellos es?

Me llegó por el cable una risita.

—Dicen que el mejor amigo es el que da los más buenos consejos. Yo le voy a demostrar que soy el mejor amigo de todos los que usted tiene.

—Me aburren cierta clase de diálogos, especialmente cuando estoy muerto de sueño.

—Usted no es persona grata en Centerville. ¿Por qué se empeña en seguir aquí, señor Rubber?

—Me gusta Centerville.

—No lo ha pensado bien, Rubber.

—Cada vez me gusta más.

—Márchese, Rubber. Usted es joven y tiene una vida por delante.

—¿Qué le parece si tratamos esto entre usted y yo? Venga a verme y quizá lleguemos a un acuerdo.

—Podemos llegar a él sin necesidad de que usted y yo nos veamos. Escúcheme bien. Usted se irá a Nueva York y mañana a mediodía recibirá un sobre con dos mil machacantes.

—Eso es lo que llamo ganar dinero en grande.

—¿Verdad que sí? Cada cual tiene lo que se merece. Y usted es un chico muy capacitado.

—Y me he ganado dos mil dólares con sólo permanecer unas horas en Centerville.

—Exactamente, Rubber.

—Muy bien. Ahora escúcheme usted a mí, bastardo. Equivocó el número. Si antes tenía razones para quedarme, ahora usted ha agregado una más. Voy a seguir en la ciudad y acuérdese también de esto. Cuando yo me enfado pierdo la educación…

Sonó el chasquido cuando el tipo colgó al otro lado.

Me quedé mirando el auricular y finalmente lo dejé sobre la horquilla.

Encendí un cigarrillo y me puse a escuchar mi voz interior.

«Bien, Howard. Todavía sigues sin saber por qué Edith Martin te mandó llamar desde Nueva York, pero acertaste al pensar que se trataba de un buen lió. Si tú piensas que a ella la asesinaron, ¿por qué no acudes a la policía y pides la exhumación del cadáver? Seguro que el forense comprueba que la vieja no falleció de muerte natural».

Traté de dormir, pero tuve muchas pesadillas. Finalmente, cuando se hizo de día di un suspiro de alivio.

Tomé una ducha fría, otra caliente y por último me quité el jabón otra vez con el agua fría.

Me vestí con el traje gris que no era del agrado de William Raine y de King Scott. Comprobé que la pistola podía escupir balas sin ningún impedimento y, después de guardarla en el bolsillo de la chaqueta, salí del cuarto cerrando con llave.

El soñoliento empleado del registro me largó unos buenos días por la comisura de la boca mientras cruzaba hacia la puerta de la calle.

El cielo estaba cubierto de nubes y corría una brisa muy fresca que hice llegar a mis pulmones.

Eché a andar y me introduje en el primer bar que encontré en mi camino.

La noche anterior apenas había probado bocado y almorcé fuerte, agregando como final dos tazas de café y un buen trozo de pastel de manzana. Luego, satisfecho, encendí un cigarrillo y volví a la calle.

Pregunté a un agente de tráfico por la ubicación de la comisaría y poco después me introducía en un edificio de piedra que había

sido construido unos cincuenta años atrás.

Inquirí a un agente de servicio por la sección de Homicidios. El tipo me miró con el ceño fruncido.

—¿Va a hacer alguna denuncia? —preguntó.

—Sólo hablaré con su jefe —repuse y le alargué mi tarjeta comercial.

El agente la leyó y torció la boca.

—Está bien. Espere un momento.

Se fue, y a poco regresó diciendo que le siguiese. Abrió una puerta y me invitó a pasar al interior.

Yo leí primero lo que había escrito en la puerta.

«Capitán Varner Dixon»

Dixon estaba por los cuarenta años de edad y era de tamaño muy grande, cabeza redonda con poco pelo y ojos verdosos. Tenía mi tarjeta en sus manos pellizcando el borde con la zurda. Me observó mientras me acercaba a su mesa.

—Siéntese, Rubber.

Me senté y se quedó mirándome.

—¿De qué se trata, Rubber? —preguntó.

—Quiero sugerirle que ordene la exhumación del cadáver de la señora Martín, Edith Martin.

Entrecerró los ojos.

—¿Está usted bien de la cabeza?

—Todos los años me hago examinar por mi médico.

Me di cuenta que me observaba con más respeto aunque sin ninguna simpatía.

—¿Por qué quiere que exhumemos el cadáver de la señora Martin?

—Tengo sospechas de que no falleció de muerte natural.

—Asesinada, ¿eh?

—Sí.

—Pruebas.

—No tengo ninguna.

Se echó atrás sobre el respaldo del sillón.

—¿Qué es lo que tiene entonces, Rubber?

—Sólo indicios.

A continuación le conté por qué motivo me encontraba yo en

Centerville, pero no agregué nada más. Es decir, nada de lo que yo por mi cuenta había investigado. Si él quería trabajar en el asunto, se pondría al corriente en pocos minutos. Le bastaría con hacer un viaje a la casa de la colina.

Dobló mi tarjeta en dos mitades y la apoyó en la mesa como una cabaña.

—De modo que usted quiere que exhumemos el cadáver simplemente porque la señora Martin le llamó a usted y ella no tuvo oportunidad de decirle para qué le requería.

—Sí.

—No podemos hacerlo.

—Creo que valdría la pena que investigase en ese sentido, capitán.

—Me temo que tenemos opiniones dispares. La señora Martin era un personaje en nuestra comunidad y sus sobrinos son personajes importantes en ella. Podría arriesgarme a hacer lo que usted quiere siempre que tuviésemos un buen asidero, pero si usted no me expone mejores motivos, no puedo ordenar esa exhumación.

—Está bien, capitán —dije y me puse en pie.

—Espere un momento, Rubber.

Esperé mirándolo a los ojos.

—¿Va a seguir trabajando usted por su cuenta? —preguntó.

—Sí.

Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Creo que se va a meter en complicaciones.

—Trataré de comportarme como un buen chico.

—Eso no basta.

—¿Qué quiere que haga?

—Quédese quieto. ¿No habló con el doctor Mac Donald?

—Sí.

—Pues entonces debe saber que la señora Martin era una enferma crónica. Oiga, confidencialmente, en un par de ocasiones los elementos oficiales de la ciudad nos dispusimos para asistir a su funeral. El propio doctor no supo cómo pudo recuperarse. Estuve hablando con Mac Donald cuando me comunicaron ayer su fallecimiento. Mac Donald dijo que todo había sobrevenido de acuerdo con su diagnóstico. Ya me imagino que usted debe tener en cuenta que, con la muerte de Edith Martin, sus sobrinos heredan

una cuantiosa fortuna, pero ¿qué hay con ello? Si se aceptase su teoría tendríamos que hacer las autopsias o exhumaciones de todas las personas ricas que mueren en el país, porque en resumidas cuentas, siempre habrá alguien que las herede.

De pronto el teléfono se puso a repiquetear y el capitán alcanzó el micro.

—Sí, diga… ¿Cómo? ¿Quién es? Bueno, voy para allá.

Colgó y se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—Han encontrado a una chica muerta. La atropelló un automóvil que se dio a la fuga. Hay tipos que sólo lo pagarían con la horca.

Tuve un presentimiento.

—¿Quién es ella? —pregunté.

—Va a ser difícil saberlo. Ha quedado irreconocible.

—¿Rubia?

Me miró empequeñeciendo los ojos.

—¿Cómo lo sabe? Y no me diga que es pura casualidad.

—La señora Martin tenía una doncella, Perla.

—Sí, Perla. ¿Y qué pasa?

—Se marchó anoche de la casa sin despedirse.

—Ya —dijo—. Está bien, venga conmigo —después de hacer una larga pausa agregó—: La encontraron a tres millas de la capital.

Fuimos allá.

Un agente de la patrulla de tráfico salió a nuestro encuentro.

—Hola, Donald —saludó el capitán—. ¿Cómo fue eso?

—La encontró un conductor de camión, Charles Ryan. Pasaba por aquí y le pareció observar un reflejo entre la hierba. Era el espejo que le había caído del bolso.

Vi a un grupo de gente a un lado de la pista. Nos acercamos, y el capitán se abrió paso y yo marché detrás de él.

La muchacha estaba cubierta con una lona. Entre dos agentes había un tipo que se tapaba con una cazadora de cuero. Fumaba nerviosamente un cigarrillo. Fue presentado como Charles Ryan.

Uno de los agentes se agachó sobre el cadáver y tiró de la lona. No era un espectáculo agradable. Tal como me había anunciado el capitán, la cara de la muchacha era irreconocible, pero yo la identifiqué al momento. La había invitado la noche anterior a comer langosta con mayonesa.

—Es Winnie —dije.

El capitán y los agentes me miraron.

—¿Qué Winnie? —preguntó Dixon.

—Trabajaba como empleada de Bruce Gardner, el agente de bienes raíces.

—Creí que usted nunca había estado antes de ahora en Centerville —dijo el capitán.

—Vine aquí ayer por primera vez.

El capitán apartó los ojos de mi cara y habló a sus muchachos.

—¿Qué habéis encontrado en el bolso?

Un agente dijo:

—Lápiz labial, caja de polvos y el espejo que había caído en la hierba. El bolso estaba abierto.

—¿Es eso todo?

—Sí.

—¿Huellas?

—Ninguna.

—¿Y el doctor?

—Ya fue avisado. Debe estar al llegar.

Dixon sacudió la cabeza y me hizo una señal para que le acompañase.

Nos apartamos del grupo unas yardas. Sacó un paquete de cigarrillos y me lo ofreció.

Encendimos con mi fósforo y después de arrojar una bocanada de humo preguntó:

—¿Qué, piensa de esto, Rubber?

—Es un nuevo indicio.

—Déjese de bromas.

—Está bien, capitán. Creo que la exhumación del cadáver de la señora Martin se ha hecho imprescindible.

—Deje que sea yo quien saque esa conclusión. Estoy esperando que me explique por qué, dónde y cuándo vio a esa muchacha.

—Fui a ver a Bruce Gardner, porque es el administrador de la fortuna de los Martin. Yo no sabía nada respecto a la herencia y quería enterarme y de paso preguntar a Gardner si conocía el motivo por el cual la señora Martin me había llamado. Gardner también lo ignoraba. Conocí a Winnie allí y luego nos encontramos casualmente en la calle. Fuimos a un restaurante de las afueras. Me

fijé en el nombre. Se llama «El Pacifico». Comimos en un reservado y luego regresamos a la ciudad. Yo la dejé cerca de su casa. Ella conserva el vestido que llevaba ayer.

—¿Qué es lo que hablaron?

—Winnie me dijo que un tal Kappel le había dicho dos meses antes haber visto a Jeff Martin y a Perla Grahame en la ciudad.

—¿Eso fue todo?

—No hubo nada más entre ella y yo.

—¿Comprobó usted lo de Kappel?

—Sí, y el propio Jeff admitió que estuvo aquí. Quería casarse con Perla, pero hubo de demorar la idea porque su tía se opuso al matrimonio.

Me miró a los ojos.

—Hay que sacarle a usted las cosas con tenazas, ¿eh, Rubber?

—Jeff Martin es mi cliente.

—No me diga.

—Quiere que encuentre al hombre que se fugó con Perla —a continuación le conté lo de la carta que la doncella había enviado a Martin.

Luego se hizo un silencio y empezó a mover la cabeza.

—Se ha movido mucho para llevar tan poco tiempo en Centerville, ¿eh, Rubber?

—Me gusta trabajar, especialmente cuando se trata de algo que ha ganado mi interés.

—Esté siempre fue un lugar tranquilo, pero ahora creo que ha dejado de serlo y eso se lo debemos a usted.

Señalé hacia donde estaba Winnie.

—No pensará que yo la he matado.

—No; pero eso da igual porque ahora estoy seguro de que ella murió por culpa de usted. La interesó en el asunto y quiso ir más lejos de lo que podía —dio un suspiro—. A menos que haya sido realmente un accidente.

—No, capitán. No pudo ser un accidente.

—Ustedes, los detectives de la ciudad, se creen muy listos. El año pasado atropellaron a un tipo en Centerville. Ocurrió durante la madrugada. El conductor culpable de la imprudencia tuvo una brillante idea. Cargó el cadáver en el coche y se lo llevó a unas seis millas de la ciudad arrojándolo en la carretera.

—No hay dos hechos iguales —dije—. Y en el caso de Winnie se trataría de muchas coincidencias. Apuesto a que usted es el primero en no admitirlo.

—Sí, lo malo es que tiene todas las trazas de un asesinato —lanzó otro suspiro—. Está bien, Rubber. Usted gana. —Arrojó la punta del cigarrillo en la tierra y se quedóla mirando mientras decía —: Voy a ordenar la exhumación del cadáver de la señora Martin.

CAPÍTULO VI

Entré en el bar. Había poca gente. Un conductor de camión había puesto en marcha una gramola mecánica. El *crooner* Paul Anka cantaba «Diana» con su estilo inconfundible. El chófer marcaba el ritmo con el pie.

Anna estaba secando unos vasos detrás del mostrador y vi su gesto preocupado mientras yo me acercaba a su lado.

—Hola —dije.

—Buenos días —respondió.

Me senté en un taburete.

—Un *whisky* con una ración de ginebra.

Dejó los vasos y el trapo y empezó a servirme.

—¿Está Kappel? —pregunté.

—No.

Bebí mi trago y ella se puso otra vez a secar vasos.

Paul Anka lanzó un quejido.

—¿Va a tardar mucho en volver Kappel?

—No me lo dijo —repuso Anna.

Encendí un cigarrillo y mientras expulsaba el humo de la primera chupada pregunté:

—¿Conocía a Winnie, Anna?

—Sí.

—La supongo enterada de lo ocurrido.

—Lo escuché hace un rato por la radio.

—Pobre muchacha —dije—. La trataron muy mal.

Sus ojos despidieron un fulgor.

—Me gustaría atrapar al que lo hizo —agregué mirando el contenido de mi vaso.

Paul Anka terminó su canción, pero enseguida empezó con otra, porque el chófer metió por la ranura una nueva moneda.

—Winnie se llegó aquí anoche —dije—, ¿verdad, Anna?

—Oiga, ¿por qué no me deja en paz?

—Usted no debe protegerle, Anna.

—Yo no protejo a nadie.

—Le haría el mejor favor a Kappel si me contase la verdad, Anna.

—No sé de qué me habla.

—Yo la ayudaré. ¿A qué hora llegó aquí Winnie?

Cerró los ojos y los abrió.

—Oiga, ¿por qué no se va de aquí?

—Estoy investigando un crimen. No soy recaudador de impuestos sino un detective privado.

—Ya me lo dijo Kappel. ¿Y qué? No tengo nada que decir.

—Escuche, Anna, me temo que Winnie no será la única víctima, habrá otras.

Se mordió el labio inferior.

—Por favor, no sé nada.

—Es preferible que me lo diga a mí, Anna. Me he adelantado a la policía. Ellos terminaran por establecer una relación entre Winnie y Kappel y estoy dispuesto a ayudarla.

Titubeó unos instantes y finalmente dijo:

—Sí; Winnie estuvo ayer aquí.

—¿A qué hora?

—A las diez y media de la noche, pero no entró por esa puerta, sino por la de atrás.

—¿La vio usted?

—No.

—¿Cómo sabe que era ella?

—Oí su voz. Entré para avisar a Kappel, que unos clientes lo requerían y fue cuando les sorprendí.

—¿Qué es lo que oyó, Anna?

—Winnie estaba diciendo a Kappel que debía entregarle el dinero.

—¿A qué dinero se refería?

—No lo sé. Kappel le contestó que estaba loca, y entonces Winnie dijo que a él le convenía acceder a su deseo si quería que las cosas continuasen como estaban.

—¿Qué más dijeron?

—No quise escuchar nada más. Tenía mucho miedo de que

Kappel me sorprendiese. Volví al mostrador y dejé transcurrir unos diez minutos. Luego volví a entrar y Winnie ya se había ido.

—¿Estaba Kappel?

—Sí. Le transmití el recado y regresé otra vez aquí.

—Ya. Y entonces Kappel se marchó.

—No, no se marchó. Vino a hablar con los clientes.

—Pero, finalmente, terminó por irse, ¿verdad, Anna?

—Él no mató a Winnie. No es un asesino.

—Conteste a mi pregunta.

—¡Sí, se fue!

—¿A qué hora?

—Un poco antes de las once, pero regresó antes de una hora.

—¿Le preguntó adónde iba?

—Yo no puedo preguntarle nada. No admite preguntas.

—¿Se fijó en su cara cuando regresó?

—Sí, y se equivoca si cree que estaba preocupado. Por el contrario, estaba risueño. Le pregunté qué le había puesto de buen humor, y dijo que las cosas marchaban estupendamente.

—Pudo decirlo porque ya no tenía que darle su dinero a Winnie.

—Se equivoca. Kappel no es ningún monstruo. Le conozco bien. Si hubiese matado a Winnie, se habría encerrado en su cuarto. Le juro que él no la mató. Además, le repito que yo no oí la conversación completa entre Winnie y Kappel. Quizá él le dio el dinero que le pedía.

—Sí, es posible que se lo diese, pero luego se lo quitó. En el bolso de Winnie no había ningún billete.

—Oh, no, usted está en un error, se lo aseguro. Kappel no es ningún criminal.

—¿Vino ella otras veces aquí antes de anoche?

—Sí.

—¿Sola o acompañada?

—Algunas veces venía en compañía de un hombre. En un par de ocasiones vino sola.

—Usted advirtió que Kappel sentía interés por ella y que también Winnie se interesaba por Kappel.

—A Kappel le interesa cualquier chica bonita y cualquier mujer puede enamorarse de Kappel, pero nadie le conoce como yo. Es realmente un chiquillo con cuerpo de gigante. ¿Se acuerda de la

pelea que sostuvo usted ayer con él?

—Sí, todavía conservo algunas huellas.

—Estoy segura de que después de pegarse le tendió la mano.

—Confieso que en ese aspecto es bastante deportivo. Me pidió enseguida la revancha y lo hizo con una sonrisa.

—Celebro que se haya dado cuenta.

—No saque conclusiones erróneas, Anna. Eso no quiere decir que sea inocente, Kappel se ha metido en un sucio asunto y usted debe decirme cuál es.

—Lo ignoro absolutamente.

Bebí un trago del *whisky*. El chófer se había cansado al fin de Paul Anka o quizá había agotado su cupo de monedas. El ruido me había venido bien para sostener mi conversación con Anna, pero ahora si pretendíamos hablar se nos oiría de cualquier parte.

Caminé hacia la vidriola e invertí una moneda apretando el botón de «Diana».

Regresé a mi taburete y volví a mirar a Anna.

—Hemos hablado de Kappel, pero no nos hemos referido nada a usted.

—¿Cómo?

—Usted quiere a Kappel.

—Sí.

—Y estaría dispuesta a cualquier cosa por no perderle.

Empezó a abrir los ojos.

—¿Quiere acusarme de que yo…? —dejó la frase sin terminar.

—Usted pensó que Winnie le quería arrebatar a Kappel o quizá oyó más de lo que usted dice, en cuyo caso comprendió que Winnie lo tenía ya en su poder a él. Entonces pensó en la única solución para que Kappel pudiese quedar libre.

—¡No es posible que usted piense eso!

—Usted se las arregló para salir de algún modo del local y fue en busca de Winnie… Seguro que sabía dónde la podría encontrar.

—¡No!

De pronto dio media vuelta y echó a correr desapareciendo en, la vivienda.

Hay cosas que son repelentes, pero que resultan necesarias en la profesión. Yo tenía que agotar mis posibilidades. Bebí un trago y pasé por debajo del mostrador.

Anna estaba sentada en el diván, apoyada la cabeza en uno de los brazos.

Al oírme llegar se descubrió el rostro lloroso.

—¡Márchese! ¡No quiero verle!

—Lo siento, Anna.

Me miró con los ojos húmedos y se puso a enjugarse la cara con un pañuelo. Carraspeé suavemente.

—Quiero que me diga si ha oído hablar alguna vez de alguno de estos hombres, King Scott y William Raine.

—Es la primera vez que los oigo.

—Quizá los haya visto alguna vez por aquí —a continuación di la descripción de los dos matones.

Anna negó con la cabeza.

—No, no he visto jamás a esos tipos.

Caminé hacia la mesa para dejar la punta del cigarrillo en el cenicero.

De pronto una sombra se proyectó en el hueco y una voz preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, Rubber?

Anna se puso en pie de un salto y yo me volví.

Kappel respiraba agitadamente, porque estaba muy furioso.

—¿Es que no voy a poder quitármelo de encima? —dijo.

—No se exalte, Kappel. Ya me iba.

Desvió los ojos hacia Anna.

—¿Qué le has dicho tú, maldita sea?

Anna cerró los puños.

—No quiero que me hables así, Kappel.

El gigantón soltó una risita.

—Mírenla, ahora se vuelve contra mí. Te ha convencido, ¿eh, Anna? ¿De qué forma lo ha logrado? ¡Anda, dímelo, quiero saberlo!

—No me han dado nada a cambio. Todo lo que he dicho es que Winnie estuvo aquí anoche.

—¡Maldita! —Fue sobre ella, pero yo me interpuse en el camino.

Quizá él se lanzó al ataque para obligarme a intervenir, porque se volvió demasiado aprisa y me pegó con la izquierda junto a la sien. Giré como una peonza yendo a parar al otro lado de la habitación.

Kappel se olvidó de Anna y vino tras de mí, el mentón

proyectado hacia delante en un gesto que le restaba belleza.

No quería pelear si podía evitarlo, de modo que saqué la pistola y le apunté a la barriga.

Kappel se detuvo mirando el arma.

—¡El muy cobarde! —exclamó hablando con Anna—. Mira lo que se ha traído.

—Anda, Kappel —asentí—. Dime qué era lo que te traías con Winnie.

De pronto oímos ruido de pasos. Anna se había ido hacia la puerta y volvió la cabeza anunciando:

—¡La policía, Herbert!

Guarde la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta en el momento en que Dixon irrumpía en la estancia seguido de dos agentes. El capitán se quedó mirándome.

—Se da usted mucha prisa, Rubber.

—Vine aquí a beber un *whisky*.

—¿Ya lo bebió?

—Sí.

—Pues lárguese.

—Kappel y yo tenemos que tratar un asunto.

—Déjelo para otro momento.

Miré a Kappel y luego al capitán.

—Como usted quiera —convine y eché a andar hacia la puerta, pero cuando estuve al lado de Dixon me detuve.

—¿Lo va a detener, capitán?

—Va a depender de él. Anoche fue visto con Winnie.

Anna salió de la habitación.

—Le deseo suerte, capitán —dije.

—Le advertí que no se metiese en complicaciones.

—Sí.

—Pero no me ha obedecido. Está usted interfiriendo nuestro trabajo.

—Procuro colaborar.

—No lo necesito. ¿Por qué no se vuelve a Nueva York?

—Lo pensaré, capitán.

Salí fuera y acerquéme a Anna.

—¡Mire lo que ha conseguido! —lloriqueó.

—Yo no le dije nada al capitán de lo que usted y yo hemos

hablado. Ya lo oyó, Kappel fue visto en compañía de Winnie.

—¡No quiero hablar más con usted! ¡Lárguese de una vez!

Pasé a la otra parte del mostrador y dejé dos monedas de a dólar. Luego eché a andar despacio y salí por la puerta.

CAPÍTULO VII

Yo estaba tendido en mi cama del hotel Hacía más de tres horas que llevaba en esa posición. Pero no podía dormir. Ni siquiera había cerrado la ventana y la luz entraba a raudales por el hueco. Eran las cinco de la tarde.

De pronto la cerradura dio un chasquido y metí la mano muy rápidamente bajo la almohada aferrando la culata de la pistola.

La puerta se abrió dando paso al capitán Dixon.

Me echó una ojeada y se volvió hacia el jefe de botones que le acababa de abrir con su llave maestra.

—Gracias, Rex.

Rex le hizo un saludo con la mano y cerró desde el corredor.

Dixon fumaba un largo veguero con el que me señaló.

—Ya puede dejar la pistola tranquila, Rubber.

La dejé tranquila y Dixon dio unos pasos por la estancia, sentándose en el sillón que había cerca de la ventana. Dio un suspiro y miró al cielo, por el que corrían algunas nubes.

—Usted se equivocó, detective —dijo.

—¿En qué?

—Exhumamos el cadáver de la señora Martin. ¿Quiere leer el informe del forense?

—Muy bien, capitán.

Sacó un papel del bolsillo y me lo tiró hacia la cama Lo cacé al aire y leí su contenido. El informe estaba firmado por el doctor Lewis Wilde. En resumen venía a decir que el cuerpo de la señora Martin no mostraba señal alguna de violencia. Tampoco en sus vísceras había sido encontrado rastro de veneno. La muerte había sobrevenido por una trombosis coronaria. Doblé el papel y lo dejé sobre la mesilla de noche. Dixon me estaba mirando.

—¿Está conforme ahora, Rubber?

—No lo sé.

Hizo una mueca.

—¿Por qué demonios no lo sabe?

—Tal como yo estoy imaginando que ocurrieron las cosas, la señora Martin debió ser asesinada.

Soltó una risita sarcástica.

—Eso es lo más gracioso que he oído en toda mi vida. Usted se ha forjado una hipótesis y el hecho de que carezca de pruebas para demostrarla y de que todo esté en contra de su posibilidad, no significa nada para usted. A pesar de todo, las cosas ocurrieron como usted quiere o desea que ocurriesen. Mi enhorabuena, detective. Le voy a sugerir algo. Ande, y corra a patentar su procedimiento.

No había comentario alguno que hacer y guardé silencio.

—Le falta saber algo, Rubber. Vamos a acusar oficialmente a Kappel de la muerte de Winnie Thorne.

—¿Ha confesado él?

—No, no ha confesado, pero da lo mismo. Fue visto con Winnie a las once y media de la noche y según el informe del forense que ha hecho la autopsia de la joven, ella murió entre las doce y las tres de la madrugada.

—¿Por qué iba a matarla Kappel?

—Amor.

—Kappel no es de esta clase de tipos.

Se puso a sacudir la cabeza porque era el primero en reconocer que Kappel sería incapaz de asesinar por ese motivo.

—Escuche, Rubber —dijo volviéndose bruscamente hacia mí—. La muerte de Winnie no tiene nada que ver con los Martin. Absolutamente nada.

—Usted dijo en la carretera que yo había ocasionado indirectamente la muerte de Winnie al interesarla en lo de la señora Martin.

—Ahora he pensado otra cosa que me parece mucho más juiciosa. Son dos crímenes —se interrumpió de pronto porque llamaba crimen a la muerte de la señora Martin—. Usted me está rompiendo los nervios, Rubber.

Se enderezó y caminó a grandes zancadas hacia la puerta. En el camino se detuvo para apuntarme otra vez con el cigarro.

—Oiga, muchacho —dijo con voz paciente—. No sea testarudo.

—No lo soy.

—Muy bien. No quiero verle por ahí husmeando, sacando a las personas de sus casillas. Palabra que me disgustaría tomar ciertas medidas contra usted, pero no tendré más remedio que adoptarlas si se vuelve a pasar de la raya. Métaselo en la cabeza. La exhumación del cadáver de la señora Martin me va a traer feas consecuencias, justamente cuando el año próximo tenemos elecciones. Quise hacer la exhumación pidiendo permiso a los Martin, naturalmente, y para que se enterase de cuán equivocado está, ellos no pusieron inconveniente.

—¿Ninguno de los dos?

—Jezabel y Jeff Martin dieron la conformidad enseguida.

—¿Se refirió alguno de ellos a mí?

—Jezabel dio a entender que la exhumación debía ser obra de usted, pero casi conseguí demostrarle que era una cosa del Departamento.

—Usted es un hombre muy convincente.

—Déjese de halagos, Rubber. Es mi último aviso. Si yo estuviese en su lugar, haría mi valija y regresaría rápidamente a mi corral.

—Gracias, capitán.

Fue a agregar algo, pero cerró la boca definitivamente y abandonó la habitación.

Encendí un cigarrillo y me puse a fumar. Fueron desgranándose los minutos. De pronto llamaron suavemente a la puerta. Cogí la pistola y me enderecé.

Llamaron otra vez.

Abrí despacio y en el hueco vi a Anna, la empleada de Kappel. No había nadie con ella. Se cubría con un vestido de color azul que dejaba sus brazos al descubierto. El escote era redondo.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Adelante, Anna.

Entró y yo cerré la puerta con llave. La joven me miró a los ojos y yo expliqué:

—He de adoptar algunas precauciones.

Ella no dijo nada y le señalé el sillón que antes había ocupado el capitán Dixon.

—¿Quiere sentarse?

—Estoy mejor de pie.

—Muy bien, Anna. ¿Qué puedo hacer por usted?
—Un amigo que es policía me ha dicho que van a acusar a Herbert del asesinato de Winnie Thorne.
—Lo sé.
—No pueden hacerlo, señor Rubber. Herbert no la mató.
—Eso es lo que usted dice, pero la policía opina otra cosa.
Se mordió el labio inferior.
—Usted es detective. ¿Podría yo contratarlo?
—Podría.
—Muy bien. Quiero que encuentre al verdadero asesino de Winnie.
—Para aceptar he de imponer una condición. La de que me diga la verdad.
—Estoy dispuesta, señor Rubber.
—De acuerdo, Anna. Empiece, la escucho.
Se apretó las manos porque le costaba trabajo iniciar su relato, pero finalmente lo hizo.
—Herbert Kappel está enredado en una banda de traficantes de drogas.
Guardó un silencio observando el efecto que me habían producido sus palabras. Pero yo estaba muy tranquilo.
—¿Qué papel representa Kappel? —pregunté.
—Él es un depositario de la mercancía. Usted sabe que su negocio se encuentra bien situado en la carretera. Los camiones llegan desde Los Ángeles transportando la mercancía en compartimentos de doble fondo. Kappel ignora siquiera de que cantidad se trata. Le dejan la mercancía en su casa, y luego otro camión la recoge. Esos hombres que usted citó, King Scott y William Raine están metidos también en el negocio. Son ellos quienes se encargan de que Kappel se mantenga fiel a la banda.
—¿Desde cuándo está ocurriendo eso?
—Kappel me confesó que desde hace tres años. También dijo que él hubiese querido salirse, pero la banda no le ha dejado. ¿Lo comprende? Le han obligado a seguir prestando su colaboración.
—¿Quién estableció contacto con Kappel?
—William Raine. Él y Kappel lucharon juntos en la guerra de Corea y un día Raine entró en el negocio por casualidad, y poco después convenció a Herbert para que le prestase su ayuda.

—¿A quién conoce Kappel además de esos dos?

—A tres o cuatro conductores de camiones que transportan la mercancía.

—¿Y Winnie? ¿Qué pinta en todo esto?

—Kappel se enamoró de ella hace algún tiempo, cosa de dos años y terminó por contarle el asunto de las drogas, Kappel se iba a casar con ella, pero luego Winnie se echó atrás, porque era de esa clase de mujeres que les gustan todos.

—Y entonces empezó a extorsionar a Kappel.

—Sí, fue un chantaje miserable. Kappel podría habérselas arreglado para prescindir de ella. Le habría bastado con decírselo a Raine o Scott, pero no lo hizo porque sabía que hubiese supuesto la muerte de Winnie. ¿Lo entiende? Kappel prefería pagarle a Winnie.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí. Los dos encendimos y luego ella dijo mientras arrojaba dos chorros de humo por la nariz:

—Anoche ella le pidió dos mil dólares. Le amenazó con denunciarle a la policía si no le entregaba el dinero. No se lo conté todo esta mañana. Cuando se marchó Winnie, Kappel me dijo que necesitaba conseguir el dinero. Winnie le había citado en un lugar de la carretera para las doce de la noche. Kappel se marchó de la estación de servicio y cuando regresó alrededor de las doce y media, me dijo que todo había quedado solucionado. Acababa de entregar los dos mil dólares a Winnie y además ella le había prometido que le dejaría en paz en lo sucesivo.

—¿Eso es todo, Anna?

—Sí, señor Rubber.

Me pasé una mano por el cabello.

—No quiero que conciba esperanzas, Anna.

—Le repito que él no la mató.

—Es posible que me incline a creer a usted y a Kappel, pero eso no basta.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Lo comprendo, señor Rubber.

—Si al menos supiésemos para qué quería Winnie los dos mil dólares…

—Me han dicho que su bolso estaba vacío.

—Sí.

—Quizá la asesinaron para robarle.

—Es muy improbable.

De pronto me interrumpí. Una idea cruzó por mi cerebro como un relámpago. Empecé a pasear de un lado a otro nerviosamente. Al fin me detuve mirando a la joven.

—¿Conocía a Perla Grahame, Anna?

—Ella y yo no éramos amigas, pero nos habíamos visto en un par de ocasiones.

—Se marchó de la casa de los Martin y ha desaparecido sin dejar rastro.

Arrugó el ceño.

—¿Cree que ella tiene algo que ver con la muerte de Winnie?

—Los dos hechos ocurrieron anoche y estoy pensando en que pueden tener una relación.

Hizo una mueca de asombro.

—¿Quiere sugerir que Persa asesinó a Winnie?

—No lo aseguraré mientras no pueda probarlo. Por ahora me conformo con que exista un lazo de unión entre Winnie y Perla.

—¿Entonces?

—La cuestión consiste en dar cuanto antes con Perla Grahame.

—Santo cielo.

—Ella habrá podido ir a muchos sitios. Y estoy dispuesto a apostar a que ya no está en Nueva York. Winnie fue encontrada en la carretera que conduce a Springfield… Y ya sé dónde tengo que ir.

—Springfield tiene más de cien mil habitantes. ¿Cómo va a encontrar allí a Perla? Hasta puede que se haya marchado.

Le dediqué una sonrisa.

—Soy detective, Anna, y usted es mi cliente.

—Yo iré con usted. Conozco a alguien en Springfield que nos puede ayudar.

Iba a decir que no, pero luego me quedé pensativo pellizcándome el lóbulo de una oreja.

—De acuerdo, muchacha. Quizá la necesite. ¿Pero quién se quedó en el negocio de Kappel?

—Uno de los mozos. Es un muchacho de confianza.

—Bien, vamos allá.

Salimos fuera y bajamos en el ascensor. Justamente al cruzar el vestíbulo entró en el hotel Jeff Martin. Nos encontramos a medio

camino y él, después de hacer un saludo, declaró:

—Vine a traerle su coche y a preguntarle si sabía algo de ella.

—No, todavía no, señor Martin.

—No parece que se dé mucha prisa.

—Quizá le pueda decir algo esta noche.

Me miró muy fijo a los ojos.

—Espero que no me defraude.

Salimos juntos a la calle. Martin hizo otro saludo y se alejó de nosotros por la acera. Esperé a que desapareciese para coger a Anna del brazo y llevármela hacia donde tenía mi convertible.

Poco después corríamos en dirección a Springfield.

CAPÍTULO VIII

El tipo a que se había referido Anna se llamaba Budd Compton. Le encontramos en un bar ubicado en una callejuela. Budd estaba por los cuarenta años de edad y era delgado, de ojos color castaño. Me miró precavidamente cuando Anna le dijo quién era yo.

No necesitaba que Anna me dijese qué clase de hombre era Budd Compton. Existen tipos como ellos en todas las ciudades del mundo. Su profesión era la de vividor.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Budd una vez fueron hechas las presentaciones.

Nos encontrábamos al lado del mostrador, adonde él había salido cuando un mozo fue al fondo del local en su busca. Hizo una señal para que nos sirviesen dos vasos de *whisky*. Anna no quiso tomar nada.

—¿Conoce bien la ciudad, Budd? —pregunté.

—Eché el ancla aquí hace ocho años.

—He de encontrar en el menor plazo posible a una mujer —le di la descripción de Perla Grahame agregando—: Es posible que ella no utilice ahora su nombre.

—Le comprendo. ¿Cuántos machacantes hay a ganar?

—Cien si tiene éxito.

—Doscientos.

—Ciento cincuenta, Budd. Y cerramos el trato.

—Está bien —dijo, y bebió el contenido del vaso pasándose después el dorso de la mano por la boca—. Estén por aquí dentro de un par de horas. Yo llamaré preguntando por usted Rubber.

—De acuerdo.

Se marchó, y al cabo de un rato Anna y yo salíamos del bar.

Le dije que podíamos cenar.

Ella era una compañera agradable. Su nombre completo era Anna Bailey. Trabajaba con Kappel desde hacía un año. Kappel la

conoció en Nueva York. Anna trabajaba entonces en un bar de la calle Catorce. Se enamoró de Kappel desde el primer momento y ella también le gustó a él. Así llegaron a un acuerdo y Anna le acompañó a Centerville. Estuvo hablando un rato acerca de Kappel. Era un engreído, pero no resultaba mala persona si se le conocía.

El tiempo se fue desgranando.

—Estoy pensando una cosa —dije—. Te vas a quedar aquí mientras yo voy a recoger el mensaje de Budd.

—Prefiero ir contigo.

—Si Budd da con la chica, puede ser peligroso.

Pagué la adición y luego, cuando el mozo se hubo marchado, alargué a Anna un billete de a cien dólares.

—¿Para qué es eso? —preguntó.

—Por si las cosas se complican.

—No los necesito. Y no pienso marcharme de aquí sin ti.

Me levanté y le apreté una mano.

—Estaré de vuelta en cuanto pueda.

Fui al bar donde había conocido a Budd y pedí un *Whisky* en el mostrador. Todavía quedaban veinte minutos para la hora señalada. Fumé un cigarrillo y luego otro.

Las manillas del reloj corrían inexorablemente.

Pedí otro *whisky*. Pasaban nueve minutos de la hora cuando empezó a sonar el teléfono. Me colé en la cabina antes de que el mozo me ganase por la mano. Pero no era para mí. Preguntaban por un tal Steman.

Llamé al mozo y él se ocupó de lo demás. Yo regresé al mostrador. Pedí un tercer *whisky* y le eché mucha agua. La cabina fue desocupada por Steman. Ya había transcurrido una hora desde que llegué allí.

Llamó por segunda vez el teléfono. Volví a meterme en la cabina antes que el mozo.

—¿Sí? —dije.

—¿Rubber?

—Aquí estoy, Budd.

—La encontré.

—¿Dónde?

—No vaya tan aprisa. La cosa no ha sido tan fácil como usted cree.

—Suéltelo de una vez.
—Ella no está sola.
—¿Algún hombre?
—Si fuese uno solo, sería la mar de sencillo. En estos momentos tiene a su alrededor a una pandilla y yo no me metería con ellos ni por mil dólares.
—Yo sí, Budd.
—Parece que tiene ganas de irse al otro mundo.
—Estoy esperando, Budd.
—Usted decide, amigo. Calle Franklin número 114. Es una casa situada fuera del casco urbano. Está rodeada por un jardín bastante descuidado. En la parte posterior hay un embarcadero que da al lago.
—¿Cómo lo supo, Budd?
—Tengo mis medios de información propios, señor Rubber. Lo siento, pero no puedo divulgarlos. Ahora ya lo sabe, Rubber, pero hará mal si se mete en el jaleo.
Le aseguro que ellos son de lo peorcito que hay en todo el país.
—Gracias, Budd.
—Déjele los ciento cincuenta al mozo del pelo cortado al cepillo y que atiende por el nombre de Tim. Dígale que es para mí.
—Muy bien, Budd, así lo haré. Hasta la vista.
—Me temo que usted y yo no nos podremos ver otra vez, a menos que abandone la idea de ir a la calle Franklin. De todas formas, le deseo suerte.
Colgué y salí de la cabina. Pagué al mozo del pelo cortado al cepillo el importe de mi consumición y luego le entregué los ciento cincuenta dólares para Budd Compton.
Abandoné el local y ya en la calle respiré profundamente.
Tomé un taxi y dije al conductor que me llevase al número 100 de la calle Franklin.
Llegado a mi destino pagué la carrera y descendí del taxi.
Estaba en el final de la calle: Había una pobre iluminación y un poco más allá se iniciaba el terreno baldío.
Al fondo vi brillar algo. Las aguas del lago.
Eché a andar despacio. Nadie se cruzó conmigo. Veinte yardas más allá había una casa, y luego otra. Se fueron sucediendo algunas muy espaciadas entre sí.

Me detuve ante la cancela de un jardín, observando la edificación que se levantaba más cercana al lago. Era el 114, donde según Budd Compton se encontraba Perla Grahame.

No había ninguna luz encendida y eso me inquietó. Empecé a pensar que Budd Compton me había limpiado ciento cincuenta dólares de la más bonita forma. Por ello insistió en que no fuese allí.

Apreté los dientes con fuerza aunque juré que Budd escupiría mi dinero aunque fuese lo último que hiciese en mi vida.

Bueno, ¿qué hacía allí? Vacilé unos instantes, pero luego me dije que no perdía nada con probar, ¿y si Budd había dicho la verdad por una vez en su vida?

Reanudé el paso.

Llegué frente a la casa. El viento arrancaba un murmullo de la hierba que crecía en el jardín. Éste se hallaba defendido por una verja de madera que hasta un niño podría haber franqueado.

Decidí dar la vuelta para acercarme al lago. Cuando me detuve otra vez vi el embarcadero. También daba impresión de abandono.

Finalmente salté la verja y caminé hacia los pilotes. Pisé el embarcadero y la madera crujió. Eso me produjo un escalofrío por la espalda y me detuve esperando oír otro ruido, pero éste no llegó. Ya no tuve ninguna duda. Budd Compton me había engañado como a un chino.

Me acerqué al borde del embarcadero y observé el agua rizada. Fui a volverme para iniciar el camino de regreso y de pronto un sexto sentido me advirtió que allá, al otro lado de la casa, había alguien. No había oído nada, estoy dispuesto a jurarlo. Se trataba simplemente de una sensación extraña que ya había sentido en parecidas circunstancias.

Hice un gesto para coger la pistola, pero entonces pensé que si me estaban vigilando eso podía ser fatal para mí, porque, antes de que sacase el arma, ellos me agujerearían el pellejo. Debía seguir pareciendo distraído.

Encanuté los labios y me puse a silbar por lo bajo. Me agaché, cogí una astilla y la arrojé al agua. Eso me dio oportunidad para acercarme tres pasos hacia la parte trasera de la casa. Finalmente llegué a la pared y me detuve.

Seguía reinando el silencio. Me puse a caminar hacia la esquina

donde supuestamente debía encontrarse la persona que me estaba vigilando. Pegué un salto hacia delante y quedé inmóvil sintiendo que el corazón me golpeaba dentro del pecho. Sí, decididamente era un estúpido. Allí enfrente no había nadie.

De repente una voz dijo a mis espaldas:

—¡Estate quieto, hermano!



—Estate quieto, hermano

4 — CASO

Solté una maldición en voz baja.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Que se pasó de listo.

—Lo siento. Creí que en la casa no había nadie.

—Claro que sí, hermano. Es lo que dije antes. Te equivocaste.

Había localizado al fulano. Estaba a unas tres yardas detrás.

Me volví lentamente y observé el reflejo de la pistola con la que me apuntaba.

—¿Está bien de la cabeza? —dije—. No hace falta que se lo tome así, amigo. Ya me voy.

—Tú no eres un vagabundo —dijo.

—¿Debía serlo?

—Sólo los vagabundos vienen por estos contornos.

—Vine aquí dando un paseo.

—Anda, acércate. Quiero verte la cara.

—Está bien, míster. Pero le aseguro que se equivoca.

Eché a andar hacia él y cuando él creía que me iba a detener, salté poniendo en juego todos los músculos. Le pegué con todas mis fuerzas con el dorso de la mano en la muñeca armada, y justamente, cuando abría la boca para lanzar un grito, se la cubrí con la zurda.

Los dos nos derrumbamos estrepitosamente sobre el piso del embarcadero y por un momento pareció que éste se iba a venir abajo. El tipo había soltado la pistola y ahora yo le apreté el cuello para que no volviese a gritar.

—¡Cállate o te estrangulo! —dije.

Sus ojos se desorbitaron. Finalmente cedí en la presión y tragó una bocanada de aire.

—Usted está loco, míster —dijo—. Si se entera de esto la policía le va a costar caro.

—¿Tú crees?

—Ha allanado mi morada y eso está castigado por la ley. Sólo quería arrojarle de mi casa.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jim Summerton.

—¿Quién hay ahí dentro, Jim?

—Nadie.

Me levanté sacando la pistola y él también empezó a incorporarse. No se oía ningún ruido de pasos, ninguna voz. Nada.

Jim Summerton rezongó:

—Creo que me ha partido un hueso. Tendré que ir a que me vea un médico.

—Ya tendrás tiempo de ir. Si tuvieses una fractura no lo podrías

aguantar y estarías pegando gritos.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Entrar en tu casa.

—Muy bien. Como usted quiera, pero le repito que no tengo dinero.

—No te preocupes, Jim. No soy ningún ladrón. Anda, abre esta puerta.

—Tengo dentro las llaves. Habremos de ir por la parte principal.

La luna se dejó ver por entre dos nubes y a su resplandor observé la cara de mi prisionero. Debía estar por los cincuenta años de edad, y era de talla inferior a la regular, más bien delgado.

Él también me observó a mí.

—No pareces un paseante —dijo.

—Anda, Jim. No perdamos más tiempo. Ponte en camino.

Echamos a andar. Jim me precedió, y yo procuré ir muy cerca de él para evitarme cualquier sorpresa. Cabía la posibilidad de que estuviese diciendo la verdad, pero también podía ocurrir que fuese un buen actor.

Dimos la vuelta a la casa y subimos al porche.

Sacó una llave y la introdujo en la cerradura.

La puerta produjo un chasquido al abrirse. Dentro reinaba la oscuridad.

—Enciende, Jim —dije.

Dio la vuelta al conmutador de la luz.

Vi una habitación con una mesa, un armario y algunas sillas de estilo antiguo. Jim ya estaba dentro y yo me escurrí por el hueco, cerrando a mis espaldas.

—¿Lo ve? —dijo Summerton—. No hay nadie en la casa. ¿Qué es lo que quiere?

Me sentí defraudado. No, allí no estaba Perla Grahame, ni tampoco había una pandilla de hombres peligrosos. Sólo un tipo, Jim Summerton, a quien yo había asustado.

—Veré las demás habitaciones —dije a pesar de todo.

De pronto la puerta se abrió de golpe a mis espaldas.

Empecé a girar, pero en eso algo me golpeó la cabeza y me lanzaron un puntapié a la mano armada. Vi frente a mí a dos tipos y luego llegó un tercero. Todos se echaron sobre mi pegándome culatazos y empecé a perder el sentido.

CAPÍTULO IX

Cuando recuperé el conocimiento me encontré tendido en el suelo, pero a mi alrededor seguía reinando la oscuridad. Tenía todo el cuerpo dolorido. Aposté a que me habían roto dos costillas o quizá fuesen tres. Cada vez que respiraba sentía el silbido del aire dentro de mí.

La sangre me corría por la frente y por la boca.

Traté de moverme, pero al instante sentí una aguda punzada. Me habían atado las manos a la espalda e igualmente me habían trabado los tobillos.

Di impulso para cambiarme de posición. Me encontré mucho mejor mirando hacia arriba.

Diablos, después de todo, Budd Compton había resultado un tipo estupendo aunque, a mí me hubiesen convertido en puré.

De pronto oí una voz en la oscuridad.

—¿Quién es usted?

Era una mujer y se hallaba en la misma habitación que yo, a unas cinco yardas.

—Howard Rubber —me presenté—. Y usted supongo que es Perla Grahame.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé muchas cosas, pero me falta aprender las más importantes.

Hubo un silencio.

—¿Cómo se encuentra, Perla? —dije.

—No del todo mal, si tengo en cuenta lo que han hecho con usted.

—Usted no lo vio.

—Pero oí el ruido. ¿Le han quebrado algún hueso?

—Ya me lo dirán en el hospital.

—¿Cree usted que le van a dar oportunidad de ir al hospital?

—No es usted muy optimista que digamos, Perla.

—Vivo de realidades.

—Oiga, muchacha, vine aquí en su busca y parece que el negocio se ha complicado mucho. Suponiendo que usted acierte, no me gustarla hacer el viaje sin conocer ciertas cosas que se refieren a usted.

—¿Para qué se va a calentar más la cabeza?

—Me servirá de distracción.

—Ande, sea buen chico y déjeme dormir.

—He conocido a gente desagradable, pero estoy dispuesto a concederle el primer premio.

—Yo no le pedí que viniese.

—No, usted no me lo pidió, Perla. Pero ahora tengo una ocasión de dejar aclaradas las cosas.

—¿A quién se lo tiene que contar?

—A mi conciencia.

—Qué divertido resulta eso.

—Tiene demasiada suerte. Si tuviese las manos libres le juro que le pegaba una buena paliza.

Rió. Era una muchacha muy animosa. Recordé la fotografía que me había mostrado Jeff Martin. Ella poseía un tipo estupendo. Lástima que no estuviese la luz encendida para comprobarlo. Al fin y al cabo, habían pasado dos años desde que ella fue a Miami.

—¿Por qué le mintió a Jeff, Perla?

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe perfectamente. Le mandó una carta diciendo que se había enamorado de otro hombre.

—¿No lo considera posible?

—Fue otra la causa.

—¿Cuál?

—Usted se enteró de algo relacionado con los Martin, algo horrible, y por eso se largó de la casa.

Hubo un silencio.

—¿Perla? —dije.

—Continúo aquí. No me he ido.

—He hecho una sugerencia y usted todavía no me ha contestado.

—Usted está loco.

—No tenía dinero para marcharse, y entonces decidió sacárselo

a Winnie Thorne. ¿Sigo siendo un loco?

—Es usted un fabulista.

—Oiga, Perla. Hay algo que usted seguramente ignorará.

—¿El qué?

—Winnie fue muerta.

—¿Cómo?

—La asesinaron.

—Está usted mintiendo.

—No, Perla, es la pura verdad. La mataron canallescamente. Su cara quedó irreconocible.

De pronto se abrió una puerta y dieron la vuelta al conmutador de la luz.

Maldije al tipo porque estaba seguro de que ahora Perla estaría dispuesta a cantar todo lo que sabía.

Era mi antiguo amigo William Raine. Apenas le presté atención de momento, porque me interesé por la muchacha.

Aquellos dos años transcurridos desde Miami le habían sentado muy bien. En la playa estaba un poco delgada. Ahora había aumentado tres o cuatro kilos, justo los que precisaba para redondear los sitios adecuados, y su cara seguía muy bella. En cuanto a sus ojos, bueno, yo no había visto otros tan grandes en mi vida.

Ella también me observó muy sería.

William Raine interrumpió el posible idilio con su desagradable voz:

—Nos volvemos a encontrar, Rubber.

—Sí, cerdo.

Hizo un gesto agrio.

—Te advertí que sólo habías ganado temporalmente.

—Quizá ocurra lo mismo contigo.

—No, Rubber, Nosotros ponemos más cuidado en nuestras cosas. Debiste hacernos caso cuando te invitamos a volver a tu agujero.

—Por nada del mundo me hubiese perdido cierto espectáculo —dije mirando a Perla.

La muchacha coloreó las mejillas y ése fue un motivo para que William Raine soltase una carcajada.

—Caramba, Rubber. Me alegro de encontrarte de tan buen humor. Eso facilitará las cosas.

—¿Qué cosas, puerco?

Hizo una mueca y por unos instantes pareció que iba a venirse contra mí.

—Te crees un tipo con muchas agallas, ¿eh, Rubber? —sonrió—. He visto a otros mucho mejores que tú llorando como chiquillos.

De pronto por el hueco llegó una voz:

—¡Eh, William! ¿Por qué no la traes de una vez?

Tuve la impresión de que me arañaban el estómago con un vidrio roto.

—Ahora la llevo —contestó Raine.

Dio un paso hacia la joven.

—¡Estate quieto, Raine! —chillé.

Volvió la cara con los ojos muy brillantes.

—¿Decías algo, Rubber?

—¡No la toques con tus manos sucias!

Me enseñó las palmas de las manos.

—Las lavé con jabón. Soy un tipo delicado para tratar a las damas.

Acercó sus manazas a los tobillos de Perla y le quitó las ataduras. Luego la ayudó a ponerse en pie, pero ella continuó con las manos trabadas a la espalda.

Raine la empujó hacia la puerta. La muchacha, acostumbrada a la inmovilidad, dio un traspié estando a punto de desplomarse, pero por último logró apoyar el hombro en la pared.

Oí rechinar de dientes y resultó que eran los míos.

—Me las vas a pagar, William.

—Claro que sí, muchacho. Tú y yo quedaremos a la vez. Lo juré cuando nos dejaste en el tren de Nueva York.

Le hizo una señal con la cabeza a Perla para que saliese de la habitación y ella obedeció.

—¡No le hagáis nada, William! —grité forcejeando inútilmente.

—Nosotros somos unos caballeros, muchacho —dijo Raine y dio una vuelta al conmutador de la luz sumiendo la habitación en la oscuridad.

Esperé oír algún grito, pero no llegó. Todo quedó envuelto en el silencio, o al menos yo no oía ningún ruido.

«Muy bien, Howard. Eres un gran tipo. Tú lo ibas a solucionar todo, pero aquí te tienen atrapado como un conejo y ya puedes

estar seguro de que esta gentuza te la va a jugar en grande. Lo mejor que te puede ocurrir es que te levanten la tapa de los sesos. Aunque probablemente no se conformarán con ello. Querrán convertir tu muerte en un espectáculo y naturalmente esperan que tú no los defraudes».

Mandé mis ideas al diablo. Todas ellas las cambiaba por un vaso de *whisky* o por un cigarrillo.

De pronto oí pasos. Presté atención. Sí, alguien estaba acercándose a la puerta. Era un taconeo. Ya regresaba Perla. Bien, después de todo sólo había estado ausente unos minutos.

La puerta se abrió. Y luego la lámpara que pendía del techo se encendió otra vez. Quedé cegado por unos momentos y, finalmente, la figura femenina que había en el umbral fue delimitando sus contornos en mi retina. No, no era Perla Grahame.

Allá estaba ella, la altiva, la orgullosa Jezabel.

CAPÍTULO X

La pelirroja cerró a sus espaldas y se me quedó mirando. Tenía las piernas ligeramente abiertas y en su mano derecha humeaba un cigarrillo. Estaba hermosa con su vestido negro, los rojos labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Hola, señor Rubber.

—Mi enhorabuena, nena. Al fin has conseguido lo que te proponías.

—¿Qué me proponía señor Rubber?

—Retirarme de la circulación. Primero lo intentaste por las buenas y cuando no lo pudiste conseguir, me sentenciaste a muerte.

—Debiste hacerme caso cuando viniste por primera vez a mi casa.

—Ése fue tu primer error, pequeña. Tu tía estaba muerta y me había llamado para que le realizase un trabajo. Debiste ser un poco más inteligente.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Podías haber inventado cualquier cosa y yo lo habría dado por lógico.

—¿Y qué más, sabueso?

—Razonando un poco se llegaba a la conclusión de que era extraño que pretendieras alejarme con tanta prisa.

Jezabel dio unos pasos y se apoyó en la pared.

—Anda —le dije—. Dame un cigarrillo.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Gracias —dije—. Eres muy amable.

Hubo una pausa y luego pregunté:

—¿Qué has hecho con Perla?

—¿Esa estúpida?… No te preocupes por ella. Tendrá el final que se merece, lo mismo que tú.

Le sonreí enseñándole los dientes.

—También habrá otro para ti, Jezabel.

—No, querido. Yo soy quien tiene los triunfos en la mano y, por tanto ganaré la partida.

—¿Te vio alguna vez el siquiatra, nena?

Sus ojos cobraron un brillo rencoroso.

—No me gusta que me insulten.

—Te he hecho la pregunta completamente en serio, nena —dejé correr una risita—. Yo sé lo que te pasa a ti. Estás enferma.

—¡Cállate!

—El doctor Mac Donald me lo advirtió. Él te llamó una introvertida… Tuviste siempre a tu disposición todo lo que una mujer puede desear, un buen colegio en Europa, amigas de tu misma condición social, y, especialmente, tuviste dinero para satisfacer todos tus caprichos, pero hay personas que no tienen bastante con eso. Y tú eres una de ellas, nena.

Puso un brazo en jarras y sonrió por primera vez.

—Creí que sólo eras un detective.

—Un detective ha de ser de todo un poco. Médico, abogado y hasta equilibrista —hice una pausa—. Cuando llegaste a tu casa debiste echar de menos un poco de emoción… Esto era bastante aburrido para ti, ¿verdad, Jezabel?

—Sí, demasiado.

—Y entonces, pensaste en divertirte un rato y sólo pensaste en las drogas. ¿Por qué, Jezabel?

—Era una cosa como cualquier otra.

—No. Estoy seguro que no lo elegiste al azar. Apuesto a que ya las habías utilizado en Europa, y las has seguido utilizando aquí. ¿Crees que me pasó desapercibido el brillo de tus ojos la primera vez que te vi? Y también lo observé cuando fui a verte a ti y a tu hermano al día siguiente. No podía decírtelo, pero yo estaba seguro de que en ambas ocasiones acababas de utilizar la hipodérmica, exactamente lo mismo que ahora.

—¡Qué buen chico eres!

—Todo eso me sirvió de mucha ayuda. Desde el principio conté contigo, nena. Tú te diste cuenta de que yo era un peligro para ti y por eso me quisiste apartar primero por métodos directos, pagándome los gastos que hubiera podido realizar en mi viaje desde Nueva York. Y cuando eso te falló, echaste mano a tus muchachos.

Yo no podía saber qué clase de asado era el tuyo, pero luego fue saliendo poco a poco.

—Eres muy listo, pero de nada te van a servir ahora esas facultades portentosas tuyas para adivinarlo todo. Tú y los que te han ayudado lo vais a pagar.

Se me erizó el vello. La pelirroja era una irresponsable. Sería capaz de cometer las mayores atrocidades. Ahora estaba seguro de ello.

—Nadie me ha ayudado, ricura —dije.

Se recostó otra vez en la pared y en sus ojos bailó el demonio.

—Sé que Anna te ha echado una mano.

—Oh, no, pequeña. Anna está enamorada de Kappel, y yo sé hasta qué punto. ¿Cómo iba a pensar ella en otro hombre?

—El estúpido de Kappel, él ha sido el causante de todo. Primero se lo dijo a Winnie y luego a Anna… ¡Maldito sea mil veces!

—No te preocupes, la policía le va a dar lo suyo.

—No, Rubber. No voy a correr ningún riesgo. Kappel está sentenciado.

—Oye, pequeña, ¿te das cuenta que por ese método vas a despoblar Centerville?

—Sabes hacer buenos chistes y me gustará saber cuál vas a inventar cuando llegue tu última hora.

—Ya se me ocurrirá alguno, querida. Los que me conocen dicen que soy un tipo que los saca sobre la marcha.

—Mis hombres han ido por Anna.

Cerré los ojos soltando una maldición para mis adentros y luego los volví a abrir. Jezabel sonreía malignamente.

—¿Te has enamorado de Anna?

—No, pequeña. Tengo coraza.

Ladeó la cabeza y juro que, en aquella posición, la maldita estaba seductora.

—¿No te gusto yo?

—Confieso que como mujer eres de clase extra, pero no te tocaría ni por todo el oro del mundo. No hay desinfectante para librarlo a uno de lo que tú contaminas.

Fui demasiado lejos. Sus labios dibujaron una mueca feroz y su pecho se agitó embravecido.

—Te vas a arrepentir de haber nacido, Rubber.

—Muy bien. Puedes matarme y es posible que también hagas lo mismo con los demás, pero ¿qué vas a ganar con ese baño de sangre? ¿Crees que el capitán Dixon se va a cruzar de brazos? Las drogas te han emborrachado, pequeña… Cuando se te haya pasado el efecto, te darás cuenta de que empezaste a cometer una tontería matando a tu tía. A partir de entonces no has dado una en el clavo.

—¿Quién me va a acusar de la muerte de Edith?

—Yo, Jezabel.

—Sé que el capitán Dixon ordenó la exhumación a instancia tuya, pero el informe del forense ha dejado sentado que ella murió por causa de una trombosis coronaria.

—No me creas tonto. Tú despachaste a tu tía valiéndote de algún medio para no dejar huella.

—Son suposiciones tuyas.

—No, querida. Es una absoluta convicción. Debiste cometer un fallo y tu tía empezó a darse cuenta de lo que realmente eras tú, una desequilibrada capaz de hacer el mayor daño. Naturalmente, necesitaba informarse de todo antes de dar un paso decisivo y por eso echó mano de mí. Tú te enteraste de algún modo de sus intenciones, quizá porque escuchaste la conversación telefónica que ella sostuvo conmigo, y desde aquel preciso instante decidiste eliminarla. Seguro que debiste mezclarle algún veneno en su medicina.

—El doctor dijo que no había ningún veneno en sus vísceras.

—Hablo de veneno en el sentido extenso, nena. Hoy día la ciencia ha descubierto muchas cosas con las que se puede acabar con una persona. Anda, ricura, ¿por qué no lo dices? Sé que la mataste, aunque debo reconocer que fuiste toda una artista.

Halagué su belleza para que cantase. Es un buen método a utilizar con ciertas personas que no son como nosotros, que rayan en la anormalidad.

—Colesterol —dijo.

—Gracias, ricura. He leído algo del colesterol. Provoca el colapso y no deja huellas porque el colesterol existe en nuestro estómago.

Dejó caer la punta del cigarrillo en el suelo y yo aproveché la pausa para proseguir:

—Pero hubo una persona en tu casa que supo la verdad.

—Perla Grahame.

—Sí, querida, Perla Grahame. Te sorprendió cuando hacías el trabajo.

—La muy estúpida entró sin llamar cuando yo estaba en la habitación de mi tía.

—¿Y qué hiciste tú entonces, Jezabel?

—Imaginé que ella podía decir algo a la policía y decidí sincerarme con ella.

—¿Cuál fue tu sinceridad?

—Perla se iba a casar con mi hermano. Los dos estaban enamorados, pero mi tía Edith se había opuesto a la boda. Perla sabía que yo tampoco quería a tía Edith. Le dije que me había librado de ella y que no ocurriría nada. Me preguntó si Jeff sabía algo a ese respecto y yo le dije que no. Me di cuenta desde el primer momento que se sentía horrorizada por lo que yo había hecho. Traté de animarla. Le dije que le esperaba una vida de felicidad junto a Jeff. Quise hacerle prometer que no haría nada, pero ella estaba demasiado aturdida. La habría matado si no hubiese complicado demasiado las cosas… Tal como supuse fue incapaz de continuar en la casa y trató de huir.

—Sí, pero ella no tenía dinero —proseguí yo—. Y entonces recurrió a Winnie, su amiga. Winnie era una muchacha lista. Sabía desde mucho tiempo atrás a lo que Kappel se dedicaba, aunque tanto Kappel como ella ignoraban quién era el jefe de la banda. Winnie debió hacer muchas preguntas a Perla Grahame, y finalmente, Perla debió confesarle la verdad. Winnie decidió que hacia una estupenda jugada ayudando a Perla a escapar y por ello pidió dos mil dólares a Kappel. De esa forma Perla se iría muy lejos de allí y ella quedaría dueña de la situación. Era una profesional del chantaje y ahora se le brindaba un hermoso porvenir en ese campo, porque tú, Jezabel, ibas a ser su víctima —hice una pausa sonriendo.

—Continúa —dijo—. Da gusto oírte hablar.

—Con lo que no contó Winnie era que pidiéndole dinero a Kappel, se iba a exponer a una muerte segura. Kappel no tenía la pasta y necesitó recurrir a William.

Raine, el amigo que le había metido en el negocio. Naturalmente, Raine se dirigió a ti y tú con tu linda cabecita

imaginaste lo que estaba ocurriendo. Perla había desaparecido, pero ahora te la encontrabas de rechazo. Así que diste el dinero porque él te conduciría a Perla. Los dos mil dólares pasaron de uno a otro hasta llegar a Perla, y cuando ese hecho se produjo, tus hombres estaban muy cerca de Winnie y de Perla para poderles echar mano indistintamente.

—¿Y cómo explicas que Perla quedase libre y Winnie fuese muerta?

—Cabe una explicación muy sencilla. Winnie echó a correr en cuanto vio aparecer a los tipos. Ellos la persiguieron con el automóvil y se la cargaron. A Perla no la mataron de momento porque eran demasiados cadáveres y en segundo término, ella constituía una buena trampa para mí. Imaginaste que yo la buscaría porque Perla era el eslabón perdido.

—Y todo ha salido como yo pensé porque al fin has venido aquí.

—Muy bien, Jezabel. Nos tienes a todos. ¿Te das cuenta de que no puedes matar indefinidamente sin que al fin te echen mano?

Se echó a reír y no me gustó su risa.

—Todos moriréis y las cosas continuarán como estaban.

—No, muchacha. No podrás hacerlo.

—Y yo te digo que sí.

Empecé a temer que se le hubiese ocurrido otra monstruosidad y en ella hubiera cabida para mí.

—¿De qué se trata, nena?

—Es la mar de sencillo. Perla morirá y su cuerpo no será encontrado. Nadie sospechará de mí, puesto que ella me arregló las cosas escribiéndole aquella carta a mi hermano. Se enamoró de otro hombre y se marchó.

—Acortando. Perla puede morir. Pasemos a Anna.

—A Anna le tengo arreglado un número especial. Ella cargará con la muerte de Winnie.

—Vaya, eso es original.

—Y sobre todo comprensible para la policía. Mató a Winnie porque estaba enamorada de Kappel, por celos Anna confesará todo eso en una carta.

—La policía va a tener un montón de cartas.

—Tendrán que admitirlas. Ellos, pueden hacer las verificaciones que crean necesarias. Los peritos calígrafos dictaminarán su

autenticidad. Anna, arrepentida porque a Kappel le han cargado la muerte de Winnie, no ha podido soportarlo más y después de confesar, se ha arrojado a la vía del tren.

—Muy bien. Supongamos que también queda aprobada la muerte de Anna.

—Quedas tú.

—¿También he de escribir una carta?

—No. Tú te irás al otro mundo sin dejar huella.

—Me volatizaré y se acabó.

—Sí, Rubber. Te esfumarás.

—¿Y qué va a decir el capitán Dixon?

—Sé que él te ha aconsejado retirarte del asunto unas cuantas veces. Pensará que te has largado a Nueva York.

—¿Y si se le ocurre investigar?

—No hará tal cosa. Conozco bien a Dixon. Para él todo quedará aclarado. Nunca le han sido simpáticos los detectives de la ciudad.

—Lo has organizado todo muy bien, nena. Enhorabuena.

—Celebro que te guste.

—Así pues, tú continuarás con tu contrabando de drogas para uso particular tuyo y de tu clientela.

—Sí. Es un trabajo muy emocionante.

De pronto la puerta se abrió y William Raine entró diciendo:

—Ya tenemos a Anna.

—Muy bien. Traed a las dos aquí.

William Raine me dirigió una mirada y luego se marchó.

—Oye, Jezabel —dije—. ¿Por qué no modificas un poco tus planes?

—¿Para qué?

—No necesitas matarlas a ellas. Perla Grahame sabía quién eras tú y no pensó en denunciarte a la policía y en cuanto a Anna, es una buena chica. Si las atemorizas un poco, estoy seguro de que callarán la boca por toda la vida. Liquídame a mí y asunto concluido.

—Eres muy generoso, pero no voy a correr ningún riesgo innecesario. Ellas morirán lo mismo que tú.

—¿No has pensado en tu hermano?

—Jeff no tiene ni la más ligera idea de lo que está pasando. Ha creído a pies juntillas que mi tía Edith se marchó al otro mundo porque le llegó su hora. También creyó lo que Perla le decía en su

carta. Él es un guapo chico y se consolará pronto en Los Ángeles. Encontrará sin duda una mujer que le haga feliz. Después de todo, Perla es una simple doncella. Le haré un favor si la despacho.

—Eres enternecedora.

La puerta se abrió otra vez. Perla y Anna entraron en la habitación con las manos atadas a la espalda. Detrás de ellas aparecieron tres hombres. Uno era Raine el otro Scott y al tercero no le conocía. Las dos jóvenes se quedaron mirando a Jezabel y ella les dirigió una sonrisa.

—Os podéis considerar como en vuestra casa, pequeñas. Me voy a tomar un descanso para cenar, pero luego nos veremos. Atadles los tobillos.

Las obligaron a sentarse y luego Raine y Scott les trabaron las piernas. Jezabel me dirigió una sonrisa.

—Brindaré por ti, Rubber.

Luego fueron saliendo uno a uno y la última en hacerlo fue Jezabel.

CAPÍTULO XI

Anna me dirigió una amarga sonrisa.

—Lo siento, Howard —dijo.

—¿Cómo te pescaron?

—Un mozo de bar donde me dejaste me dijo que el señor Rubber me llamaba por teléfono. Creí que era tu voz. No estoy acostumbrada a oírte por el cable. Me citaste fuera, en la calle. Sólo tuve que salir y entonces me introdujeron en un coche.

—No les costó mucho trabajo.

—¿Es ella, Jezabel, la causante de todo?

—Sí, nena. Dirige la banda que se dedica a traficar con los estupefacientes. Mató a Edith Martin, ordenó la eliminación de Winnie y ahora ha organizado un bonito número a nuestra costa.

—No lo puedo creer. ¿Cómo una mujer puede cometer semejantes atrocidades?

—Ella no es una mujer, Anna. Sólo es una enferma. Pero desgraciadamente, eso no nos sirve para nada a nosotros.

—¿No se te ocurre alguna idea para salir de aquí?

—Estoy calentándome los sesos, pero es como si me hubiese tumbado a dormir —miré a la hermosa Perla—. ¿Por qué diablos no me dijiste la verdad?

—Pensé que ellos estaban escuchando y que si te decía algo te condenaría a muerte.

—Gracias, pero yo ya estaba sentenciado sin necesidad de que tú dijeses una palabra.

Anna dio un suspiro.

—Entonces, sólo nos queda esperar.

Meneé la cabeza. Ambas eran unas chicas estupendas y ahora estaba seguro de que no harían ascos a la muerte.

«Vamos, Howard Rubber, ¿es que te vas a dar por vencido? Debe haber algún medio para que salgas de este atolladero…

Anteriormente te has visto en otras peores y escapaste bien».

Mandé a mi otro yo al infierno porque ya me estaba cansando de sus discursos. Un suero era lo que a mí me hacía falta.

Me encontraba un poco lejos de la pared para apoyarme en ella, de modo que decidí acercarme.

Me tendí en el suelo y empecé a dar vueltas, pero de pronto sentí un agudo dolor en las manos porque me había clavado una astilla. Permanecí quieto y luego me volví para ver en dónde me había herido. Era un pequeño agujero que había sobre el piso de madera. Me quedé mirándola fijamente. Mi boca se derritió en agua. Podía ser una solución. ¿Por qué no? Todo dependería del tiempo que Jezabel dedicase a su cena.

Me tendí otra vez procurando que mis manos trabadas se apoyasen en el agujero. Tuve que moverme un poco para lograrlo y luego empecé mi trabajo. Apoyé las cuerdas en uno de los bordes del agujero y empecé a frotarlas arriba y abajo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Anna.

—Quizá sirva de algo —dije—. Nunca me he dado por fracasado.

Eso era una gran mentira, porque segundos antes me disponía a dormir. Pero un héroe siempre debe tener la respuesta adecuada.

Al cabo de unos quince minutos me había clavado media docena de astillas y mis muñecas sangraban. Hice un alto para recuperar el resuello y quedé sentado dando la espalda a las muchachas.

—¿Podéis ver la cuerda? —pregunté.

—¡Oh, Rubber! —exclamó Anna—. ¡Te estás mutilando!

—No es eso lo que quiero que observéis. Me refiero a la cuerda.

—Lo estás consiguiendo —oí que decía Perla—. Está un poco rozada.

Sentí un vacío en el estómago.

—¿Sólo rozada? Quizá lo consiga para el día del juicio final.

Pero no tenía otra cosa que hacer y de nuevo me tendí para proseguir el trabajo.

Transcurrieron otros quince minutos. Ahora sentía perfectamente que había reducido la cuerda a la mitad de su grosor, pero constantemente tenía que cambiar de posición sobre el agujero para aprovechar los bordes más afilados. Me dolían los hombros, las costillas, todo el cuerpo.

De pronto unos pasos se acercaron a la puerta y Anna soltó una exclamación.

Yo lancé una retahíla de maldiciones para mis adentros. Me quedé quieto y cerré los ojos. Había llegado el momento mucho antes de que pudiese quedar libre.

Oí que la puerta se abría y luego escuché la voz de Raine:

—¿Cómo os encontráis, muchachos?

Abrí los párpados. Raine estaba mirando a las chicas, pero luego me miró a mí.

—Pareces muy tranquilo, detective.

—¿Es que aquí no se puede dormir? —dije.

Arrugó el entrecejo.

—Eres un tipo muy animoso. Te encuentras con dos estupendas mujeres como ellas y sólo se te ocurre dormir. ¿Por qué no las distraes con tus chistes?

—¡Vete al infierno o acaba de una vez! No hay derecho a que nos tengáis aquí atormentándonos. ¿Me entiendes? ¿Por qué no sacas la pistola y me llenas el cuerpo de plomo? ¡Quiero salir de aquí! ¿Me oyes?

Desde la otra habitación llegó la voz de Jezabel:

—¿Qué ocurre, Raine?

—El detective quiere morir, casi pide que le matemos.

Jezabel también rió.

—Déjalo otro rato. Cuando entre ahí quiero verle llorar.

Raine cruzó los brazos.

—¿Lo has oído, sabueso? Todavía vas a estar aquí. Es un detalle de ella para que te ablandes un poco más.

Giró sobre sus talones y salió fuera cerrando tras de sí.

Dirigí una mirada a las chicas y ellas me correspondieron con una sonrisa.

El descanso me había venido bien y ataqué la cuerda con renovados bríos. Pensé que con diez minutos más la podría romper. Diez minutos Sólo pedía eso:

Arriba y abajo, arriba y abajo… Mi sangre servía de lubrificante. Era estupendo. Del mejor. Quizá si salía de allí me dedicaría a venderlo por litros.

«Infiernos, Howard. ¿Es que te estás volviendo loco? No pienses en ello. Tú eres un tipo duro de pelar. Vamos, continúa. Un esfuerzo

más. Estás a punto de conseguirlo».

Tiré con todas mis fuerzas y la cuerda se rompió. Seguí tirando y el lazo se hizo muy grande, finalmente saqué las manos.

Rápidamente, sin esperar a contener la hemorragia, me quité las ligaduras de los tobillos. Luego gateé hacia donde estaban Perla y Anna.

—Silencio, muchachas, no emocionaros demasiado. Las cosas siguen estando difíciles.

Las libré también de sus ataduras y luego cada una de ellas me cogió una mano. Rasgaron un trozo de tela de su ropa interior y me vendaron. Nadie en el mundo ha tenido un par de enfermeras como ellas.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Perla.

—Si tuviese una pistola todo estaría claro, pero son ellos los que están armados hasta los dientes. Hay una posibilidad, y es la de que entre en la habitación un solo tipo como antes hizo Raine. También puedo abrir la puerta y lanzarme sobre ellos. Pero veo muchas menos posibilidades. Será mejor que esperemos.

—Sí, Howard —dijo Anna.

Les puse las cuerdas sobre los tobillos y las manos para simular que estaban atadas y yo me coloqué junto a la puerta pegado a la pared. Busqué algún objeto con la mirada, pero la habitación estaba desnuda.

El tiempo continuó transcurriendo. De pronto se me ocurrió una idea.

—¡Matadme ya! —grité—. ¿Qué estáis esperando? ¡Quiero acabar de una vez!

Oí la voz fuerte de Raine:

—¡Cállate ya, maldito cobarde!

—¡Quiero que me peguéis un tiro! ¡No puedo soportarlo más! ¿Lo entiendes, Raine, maldito canalla…? ¡No puedo soportarlo!

Oí ruido de una silla y luego unos pasos que se acercaban hacia la puerta.

Llené los pulmones de aire.

Las jóvenes me miraban con un gesto de temor.

El pomo de la puerta empezó a girar.

William Raine entró en la estancia mirando hacia el lugar donde yo debía de encontrarme.

Pegué con el codo a la puerta y salté sobre el pistolero.

CAPÍTULO XII

Supe enseguida que William Raine era demasiado fuerte.

Caímos al suelo y yo moví la mano hacia su sobaquera para quitarle la pistola, pero él me cogió por la muñeca lesionada y apretó con todas sus fuerzas.

Era más de lo que yo estaba dispuesto a resistir y le propiné un rodillazo en el bajo vientre.

Él lanzó un grito tan fuerte que hizo estremecer las paredes, pero me dejó libre, que era lo que yo quería. Luego le descargué un zurdazo en el mentón. Se fue un rato con los ángeles y me apoderé de su pistola.

La puerta se abrió otra vez. Yo estaba de rodillas en el suelo. Vi a un tipo que entraba con el quitapenas por delante, listo para hacer fuego. Yo apreté el gatillo antes y el plomo se le incrustó en los intestinos y el fulano pegó una voltereta y cayó al suelo.

Por el hueco vi la otra habitación. Alrededor de una mesa vi a tres hombres y a Jezabel. Uno de ellos era King. Todos estaban sorprendidos por lo que acababa de ocurrir, pero de pronto reaccionaron a una y retiráronse muy aprisa del camino de las balas.

De esa forma no pude redondear mi victoria. Ahora me las tendría que ver con tres tipos que disponían de armas y que eran pistoleros profesionales. Vi que Perla y Anna trataban de ponerse en pie.

—¡Quedaros ahí! —les grité.

Estaban a resguardo de las balas.

Justamente en ese instante uno de los tipos hizo fuego a través de la madera. Me había localizado por la voz. El proyectil silbó junto a mi cara después de hacer un agujero en la pared. Me tiré atrás y di una vuelta, quedando tendido de bruces en el suelo, pero seguí con la pistola en la mano. Oí la risita de Jezabel.

—¿Crees que vas a escapar, Rubber?

—Te conviene empezar a huir, nena —le dije—. Si tienes suerte, puedes encontrar un lugar seguro en la Patagonia.

—Yo voy a acabar con tus ganas de hacer chistes, polizonte.

—Ven aquí y convénceme.

No aceptó mi invitación.

No había que contar con que los disparos hubiesen sido oídos. La casa estaba demasiado retirada.

—Te ofrezco una solución, Rubber —dijo Jezabel.

—¿A qué te refieres ricura?

—Es lo que tú dijiste antes. Tú te quedas y ellas se van.

—¿Me tomas por un ingenuo? Ahora sé perfectamente que acabarías con ellas si cayesen en tus manos.

—Estoy llegando a la conclusión de que Perla y Anna callarán la boca por la cuenta que les tiene. ¿Me oís vosotras, muchachas? Tendréis el camino libre. Sólo él se quedará.

Miré a Anna y a Perla. Ninguna de las dos hablaba.

—¿Oís, chicas? —les dije—. Esa pelirroja no tiene ningún deseo de cumplir su palabra. De eso estoy seguro, pero si vosotras confiáis en que lo hará, es asunto hecho.

Las dos movieron la cabeza en sentido negativo.

—No, Howard —dijo Perla—. Yo sé que ella es una mujer sin entrañas y no vacilará como tú dices en ordenar nuestra muerte.

Miré hacia el hueco.

—No hay ningún acuerdo, Jezabel.

Se puso furiosa.

—Está bien. Da lo mismo. Será vuestro final a pesar de todo.

Me arrastré silenciosamente a dónde se hallaba Raine, el cual empezaba a dar muestras de recuperar el conocimiento.

Abrió los ojos y yo le puse el cañón de la pistola en el cuello.

—Hola, Raine.

Me miró asustado.

—¿Qué vas a hacer, Rubber?

—Levántate.

Se puso en pie y yo me coloqué detrás sin apartar la pistola de su piel.

—Echa a andar fuera, Raine.

Observó la otra habitación y exclamó:

—¡No, Rubber! ¡Por lo que más quieras!

—Anda, muchacho, echa a andar.

Yo tenía que hacer aquello porque no tenía más remedio y al fin y al cabo, él era un bandido de la peor calaña. Se puso en movimiento diciendo:

—¡No tirar, compañeros! ¡Soy yo, Raine!

Fui detrás de él.

Cruzó la puerta y de pronto se tiró hacia delante, dejándome al descubierto.

Salté casi al mismo tiempo que él. Me retorcí en el aire viendo cómo King Scott se movía junto a la pared.

Apreté el gatillo y vi cómo su cara estallaba en sangre. Luego golpeé sobre las espaldas de Raine.

Los otros dos tipos estaban del lado opuesto al que se hallaba King.

Enviaron una ración de plomo, pero yo di una vuelta sobre mí mismo y sentí cómo Raine se estremecía al picotear las balas en su carne.

Disparé una, dos, todas las veces que pude.

Los dos matones se contorsionaron ridículamente y desplomáronse sobre el piso sin dejar de soltar proyectiles, pero ahora éstos mordían en la pared o en el techo porque los tipos estaban muriéndose y hacían fuego instintivamente sin tomar puntería.

Se hizo un silencio. Busqué con la mirada a Jezabel, pero no la encontré.

De pronto oí ruido de pasos por el embarcadero.

Eché a correr hacia la puerta principal, salté el porche y di la vuelta a la casa. Al doblar por la esquina, la pelirroja disparó sobre mí y la bala me quemó la frente. Retrocedí golpeando las espaldas contra la pared. La sangre me nubló los ojos. Sentí un horrible dolor y palpé la herida con las manos. No tenía importancia, pero había sido milagroso que no hubiese acabado conmigo. Todo había dependido de una simple pulgada.

Jezabel se puso a reír.

—¿Sigues vivo, bastardo?

Preferí guardar silencio y permanecer quieto. Ella estaba a la otra parte. No quería matarla. La necesitaba viva. No era una

persona normal, sino una enferma, y su lugar estaba en un sanatorio siquiátrico.

Ella tampoco estaba muy segura de que me hubiese acertado, porque no salía de su escondite.

Oí los pasos de Perla y Anna que salían al porche.

—¡Rubber! —llamó Anna.

No le contesté.

—Ella lo debe haber matado —dijo Perla—. Fue detrás en el embarcadero.

—Avisemos a la policía —dijo Anna.

Bajaron por las escaleras y se dirigieron hacia la puerta del jardín.

Escuché la respiración agitada de Jezabel. Ella no podía consentir que ellas fuesen con el cuento a la policía.

Oí cómo se deslizaba para ir detrás de las muchachas. Me pegué a la pared y la vi a unas cinco yardas. Si le ordenaba que se detuviese no me obedecería. Se daría la vuelta y me enviaría otro proyectil. Era una mujer con mucha puntería. No; no podía arriesgarme otra vez.

Me agaché y corrí detrás de ella procurando no hacer ningún ruido.

Vi su silueta recortada cerca de la puerta del jardín. No podía consentir que saliese fuera porque dispararía sobre Anna y Perla.

Me lancé a la carrera sobre ella.

Entonces se volvió. Cuando todavía surcaba el aire brotó el fogonazo.

Me pareció una eternidad. No sentí ningún dolor y pensé que ella había fallado. Luego la atrapé por la muñeca y los dos caímos rodando por la hierba.

Jezabel emitió una maldición y luego otra. Las dos eran originales, y nunca las había oído antes de ahora.

Todavía le duraba el efecto de la droga o quizá se había pinchado otra vez con la hipodérmica. El caso era que tenía unas energías indomables.

Anna y Perla debían haberse marchado, porque quizá habían pensado que el último disparo había sido hecho contra ellas.

—¡Suélteme hijo de perra! —gritó Jezabel.

No la solté, naturalmente. Logré aferraría por los brazos.

—Ya está bien, nena. Estate quieta de una vez si no quieres que te deshaga la dentadura.

Se quedó inmóvil mirándome con los ojos cargados de odio.

—Muy bien, detective, tú ganas.

—Eso está bien, nena. Al fin y al cabo, no creo que te maten. En cuanto te vea un doctor se convencerán.

—¿De qué estás hablando, Howard? —dijo, y luego se mojó el labio inferior con la lengua—. Tú eres un chico listo y sabes lo que te conviene.

—Sí, sé lo que me conviene. Por ejemplo, ahora nos vamos a ir a echar una parrafada con la policía.

—No cometerás esa estupidez.

La dejé libre y me puse en pie. Ahora ella no tenía ninguna pistola a su alcance. También se enderezó palmeándose el vestido para quitarse la hierba y la tierra que se le había adherido. Luego me miró con sus grandes ojos.

—Conmigo ganarás el dinero que quieras.

—No digas más cosas como ésa, nena. Soy incorruptible.

—Manejarás miles de dólares, tendrás todo lo que hayas podido soñar, Howard. Y también me tendrás a mí.

—Gracias por tu regalo.

—Todavía estamos a tiempo de impedir que esas estúpidas lleguen a la policía. Anda, Howard, corre detrás de ellas. Les darás alcance. No puedes permitir que nos estropeen la combinación.

—No va a haber ninguna combinación, ricura, y voy a dejar que ellas lleguen a la policía.

Apretó los dientes con fuerza y yo oí su rechinar.

—No estás hablando en serio.

—Sí, querida. Será mejor que te des por vencida.

—¡No!

—Ya te has hecho bastante mal, Jezabel. Ahora ha llegado el momento del descanso.

Se puso a reír y no me gustó la forma en que lo hacía. Era una risa nerviosa, histérica.

De pronto echó a correr hacia el embarcadero.

—¡Anda, dispara! —gritó desafiante.

Ella había comprendido que yo no tenía intención de matarla y quería cobrar los dividendos.

Corrí en pos de ella.

Tenía buenas piernas, pero ahora yo estaba decidido a terminar de una vez con aquel juego.

Se arrojó al agua sin un titubeo y fui detrás de ella.

El lago estaba frío como el Polo. Me asomé a la superficie y miré a una y otra parte sin verla. Maldita fuese. Quizá me estaba enfrentando con una campeona de natación.

De pronto una de las manos me atrapó por los tobillos y tiró de mí hacia abajo. Inspiré profundamente antes de desaparecer de la superficie y luego un brazo me cogió por el cuello y entonces me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Jezabel me iba a ahogar. Sí, tal como había pensado segundos antes, ella era una estupenda nadadora, y yo he sido siempre un vulgar aficionado. Sólo he nadado para mantenerme en el agua a flote, para impedir que me ahogase.

Quizá ella había realizado ejercicios de salvamento y también sabía cómo arreglárselas para procurar que una persona llenase los pulmones de agua hasta lanzar el último suspiro.

Es lo que estaba haciendo conmigo ahora. Ya había acabado con mi ración de oxígeno y la muy condenada seguía apretando.

Forcejeé inútilmente. Me tenía cogido con una presa maravillosa.

Infiernos, llevaba ocho años trabajando como detective y ahora llegaba al último episodio y era una mujer la que estaba acabando conmigo de la forma más prosaica que yo pudiera haber imaginado. Dejé de luchar y busqué con mis manos su cuello. Me estaba quedando sin fuerzas, pero era mi vida la que estaba en juego. Saqué nuevas energías de los talones. Mis dedos se aferraron a su garganta y cuando sentí palpitar su carne apreté rabiosamente.

Transcurrieron diez segundos y los dos continuábamos lo mismo. Era estupendo. Recogerían nuestros cadáveres juntos. Seriamos dos amantes que se quisieron tanto que se fueron al fondo del mar abrazados, cansados de vivir en este asqueroso mundo. Sería una buena crónica y al autor le darían el premio Pulitzer.

Yo estaba a punto de perder el sentido y de pronto ocurrió… Los dedos de ella que me sujetaban como garfios empezaron a aflojarse.

Di un tirón y me desprendí de ella. Estuve a punto de dejarla allí, pero había perdido el sentido y quizá la droga había sido la

culpable.

La vi cerca de mí con su cabello flotando en el agua, los ojos cerrados.

La atrapé por la mata rojiza y me fui hacia arriba, tirando de ella.

Empezamos a ascender y ascender en busca de la vida.

CAPÍTULO XIII

Miré mi cara reflejada en el cristal de la ventana. El esparadrapo no me quedaba mal. Estoy acostumbrado a ellos. Es rara la semana del año que no tengo alguno. Es lo que le puede pasar a un detective como yo que siempre anda a trompazos. No me quejo. Todo tiene su compensación y allí estaba para demostrarlo en mi bolsillo, un cheque por dos mil dólares que me había entregado Jeff Martin media hora antes.

El agente que había en la puerta me hizo un saludo con la mano. Fue a preguntarme qué deseaba, pero yo caminé directamente hacia la puerta que había en el fondo, la que correspondía al despacho del capitán Dixon. Llamé suavemente con los nudillos y entré sin esperar una autorización.

Dixon fumaba otro largo cigarro contemplando filosóficamente las anillas de humo que ascendían al techo.

—Hola —dijo sin mirarme.

Ocupé el sillón de cuero y encendí uno de mis cigarrillos.

—Fue un buen trabajo —dijo.

—Gracias.

—Pero se arriesgó demasiado.

Encogí los hombros sin contestar.

—Ya la han examinado nuestros médicos —prosiguió—. Nunca me han gustado los términos científicos que emplean esos siquiatras. Cristianamente, han venido a decir que la chica está loca de remate. Su abogado ha presentado una demanda a ese respecto y parece que el juez la atenderá.

—Cabe suponer que la encerrarán en un sanatorio.

Hubo un silencio y luego dijo:

—¿Sabe que esa Winnie era un punto?

—Cuando termino un caso, no me preocupo de las personas que en él han intervenido.

—El dinero que sacaba a Kappel se lo gastaba en vicios. Quiso apretar demasiado y eso le costó la vida.

—¿Y Kappel?

—Le impondrán una pena no superior a cinco años, y es posible que lo suelten dentro de dos. El muchacho está arrestado. En realidad no sabía cómo salir del atolladero.

Llamaron a la puerta y el capitán dijo:

—Adelante.

Entraron en el despacho Perla Grahame y Anna Bailey. Las dos estaban resplandecientes de hermosura. Las dos eran bellas. Las dos me miraron.

Les hice un saludo con la mano.

—Vinimos a declarar, capitán —habló Anna—. Y ya hemos terminado.

Dixon se volvió para observarlas. Sus ojos se alegraron.

—Gracias por su colaboración —dijo.

Ellas vinieron hacia mí y me dedicaron una sonrisa.

Anna me tendió la mano y me levanté para estrecharla. Entonces se puso de puntillas y me besó en la comisura de la boca.

—Adiós, Howard —dijo—. He visto a Kappel. Se casará conmigo en cuanto salga. Yo, mientras tanto, le esperaré en la estación de servicio. Bueno, si soy feliz te lo deberé a ti.

—Buena suerte —le deseé.

Dio media vuelta y salió del despacho.

Perla Grahame se acercó también, puso las manos sobre mis hombros y me besó en la otra comisura de la boca.

—Adiós, Howard —dijo—. Jeff y yo saldremos esta misma tarde para Los Ángeles, pero antes nos casaremos. Gracias, te lo debo a ti todo.

—Buena suerte —le deseé.

Perla giró sobre sus talones y abandonó la oficina del capitán.

Sobrevino una pausa y de pronto Dixon soltó una risita.

—Ya lo ve, Rubber. Ninguna se queda con usted.

Me volví hacia él y lo miré a los ojos, que me sonreían divertidos.

—¿Puedo utilizar su teléfono, capitán?

—Claro que sí. Puede.

Atrapé el auricular y pedí una conferencia con Nueva York.

Oí que descolgaban al otro extremo de la línea.

—Hola, Joan —dije.

—Oh, Howard… ¿Cómo estás, querido?

—Perfectamente, nena. ¿Y los niños?

—Dick se fue al colegio esta mañana, pero antes preguntó por ti.

—Buen chico. ¿Y Helen?

—Hoy se ha levantado ya de la cama. El doctor dice que se acabó la gripe. Está preguntando mucho por su papaíto.

—Dile que hoy estaré con ella.

—¿De verdad, Howard?

—Sí, nena… Comeré con vosotros.

—Eso es maravilloso, Howard. Hará algo especial y esta noche no te perdonaré que dejes de llevarme al cine.

—Cuenta con ello.

—A propósito, Howard, ¿qué fue eso de Centerville?

—Nada, nena —hice una pausa—. Fue un caso sin importancia.

Colgué y observé la cara perpleja del capitán.

Entonces eché a andar hacia la puerta, pero antes de salir volví la cabeza y dije:

—Me quedo con la mejor, capitán —sonreí y le deseé buena suerte.

Un segundo antes de que cerrase Dixon seguía mirándome con un gesto de asombro.

FIN


CAN CAN
LA REVISTA DE LAS BURBUJAS
SOLO CUESTA 2'50 PTS.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



N.º 1087

Tras una breve aparición junto a Robert Mitchum en la película 'Con sus mismas armas' aparece nuevamente la gentil estrella Karin Booth junto a Robert McQueeney en la película "Juzgado por el mundo'



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain